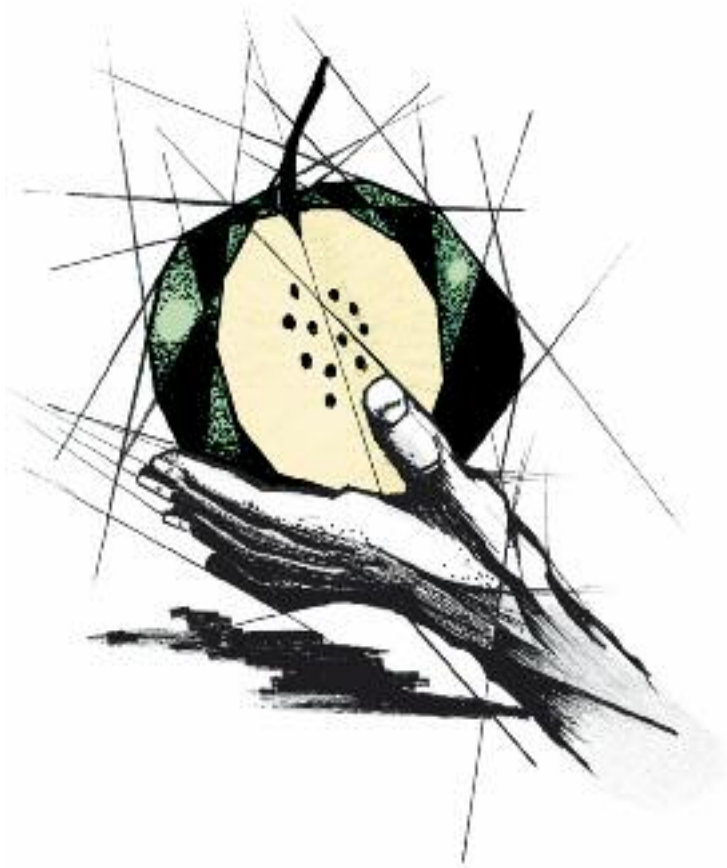


# OBRA POÉTICA

---

Fernando Ramírez Suárez





**Fernando Ramírez Suárez** nació en Arucas el 29 de diciembre de 1932. Periodista de profesión, desde 1968 formó parte de la plantilla de *Diario de Las Palmas* durante más de 35 años.

Como poeta fue galardonado con la rosa de oro de los primeros Juegos Florales de Arucas, en 1962. Al año siguiente fundó y codirigió con Lázaro Santana la colección literaria **Tagoro**, donde se publicaron una veintena de títulos, de los que destacan la *Obra poética* de Alonso Quesada y un libro homenaje al poeta aruquense Domingo Rivero. En Tagoro se editaron sus dos poemarios: *Mar que yace* (1964) y *La piedra y el recuerdo* (1966). En esta publicación también se incluyen los títulos hasta ahora inéditos: *En busca de mi barco* y *Mujer sentada*.

Perteneció al jurado del premio de poesía anual que organiza la Tertulia Pedro Marcelino Quintana desde su primera convocatoria en 1999. Este libro se publicó pocos meses antes de su fallecimiento, el 19 de marzo de 2010 en Las Palmas de Gran Canaria.









# OBRA POÉTICA

---

Fernando Ramírez Suárez



TEPEMARQUIA EDICIONES

LICENCIA CREATIVE COMMONS <http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.es>

---

### Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Usted es libre de copiar y redistribuir esta obra en cualquier medio o formato y de remezclar, transformar y crear a partir de ella.

Bajo las condiciones siguientes:

1 - Reconocimiento: debe reconocer la autoría del libro de la manera especificada en esta licencia (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra). 2 - Compartir bajo la misma licencia: si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a esta.

\* Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Advertencia: los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Para más información sobre derechos  
de autor escanea el código de la derecha.



---

### *Obra poética*, reedición de 2016.

© 2009 del los textos e ilustraciones, Fernando Ramírez Suárez.

© 2009 de la edición, Tepemarquia Ediciones.

© 2009 del prólogo, Juan Jiménez.

Diseño: Freepress S. Coop. Mad.

Corrección: Gisela Burunat.

Edita: Tepemarquia Ediciones.

C/ Calvo Sotelo, 1. 35401 Arucas -Gran Canaria-. Las Palmas -España-.

ISBN: 978-84-613-5281-4.

Depósito Legal: GC- 923.2009.

Impresión: Gráficas Guinguada, SL.

C/ Clemente Jordán, 6. 35411 Arucas -Gran Canaria-. Las Palmas -España-.





Fernando Ramírez  
parafernando.es

Este libro ha sido posible gracias a la campaña de financiación colectiva *Fernando Ramírez, poesía canaria viva*, que finalizó el 14 de febrero de 2016. Queremos reconocer públicamente aquí a los colaboradores y donantes que hicieron posible la edición de *Piedras Ceniza*, la reedición de *Obra poética* y la web [www.parafernando.es](http://www.parafernando.es)

¡Muchas gracias!

Adela Pérez | Adolfo Yrezábal | Alicia Hernanz | Alberto Huerta | Ana García | Ana Hernández | Andrea Guzmán | Ángeles Ramírez | Angélica Pérez | Anibal Pérez | Antonio Aizpuru | Ariadna García | Beatriz García | Beatriz Garde | Belén Macías | Bernat Ferrer | Carlos Domínguez | Carmen Lobo | Cástor Quevedo | Cecilia Caruana | Celia Sobrino | César Gómez | Concepción Lobo | Cristina Regodón | Dailos Medina | Daniel Jesús García | David Cánovas | David García | Dávide Paisier | Diego Sanz | Dolores Santos | Domingo José Trujillo | Elena Guillén | Elvira Tadeo | Enrique Hernández | Esmeralda Delgado | Ester Tadeo | Eva Calavia | Eva Sotres | Fátima Ramírez | Fernando García | Fernando Herrera | Fernando Ramírez | Fernando Sabín | Fran Insua | Francisco Medina | Freepress S. Coop. Mad. | Gisela Burunat | Gladys Martínez | Graciela Martín | Gustavo Medina | Héctor Reyes | Iballa Burunat | Irene Cuesta | Javier Toledo | Jonay Ramírez | Jorge Fernández | Jorge Mellado | Jorge Navacerrada | José Antonio Burunat | José Haro | José Luis Serrano | José Manuel Ramírez | José Yeray Rodríguez | Josué Hernández | Juan Antonio Garde | Juan Márquez | Julia María Ramírez | Laura Corcuera | Laura Vivas | Manuel García | Magec Borges | Manuel Travieso | María Brome | María del Pilar Méndez | María Jesús Jerez | María Nieves Méndez | María Reneses | Maribel Ramírez | Martín Cúneo | Maureen Zelaya | Mercedes Lobo | Miguel Ángel Martínez | Miguel Hernández | Miguel Pérez | Mikel Fernández | Miriam Bueno | Nagore Fuldain | Octavio Hernández | Octavio Pineda | Ofelia Tadeo | Pablo Garde | Pilar Medina | Pilar Pantoja | Pilar Trujillo | Rafael Verdura | Ramón Díaz | Rochi Pérez | Rocío Cabrera | Rocío Mendez | Rosa Trujillo | Salvador Camilo Medina | Salvador Medina | Santiago Méndez | Santiago Tadeo | Sara Hernández | Sara Pérez | Saro Hernández | Sergio Javier Herrera | Teresa Ramos | Teresa Trujillo | Tomás Trujillo | Vanessa Anaya | Verónica Bulnes | Vicente Benítez | Yeray Rodríguez | Yolanda R. Díaz



# Prólogo



## En el presente anterior de la poesía de la reconciliación: Fernando Ramírez

Mil novecientos sesenta y tres, agosto, finales. O tal vez septiembre. Llevaba yo muy poco tiempo trabajando en la librería Drago y una tarde, hacia el final de la jornada, entraron por la puerta adentro los que luego se presentaron como Lázaro Santana y Fernando Ramírez, con algunos ejemplares de un libro que sería el primero de la colección Tagoro, recién creada por ellos, venían con la mejor intención de dejarlos en depósito para la venta. Se trataba del libro *Frente al muro*, de Saulo Torón. Prácticamente enseguida estaban en el escaparate que daba a Tomás Morales.

Y así empezó una amistad con ambos –con Lázaro y Fernando– que afortunadamente continúa también con ambos.

Porque Fernando sigue siendo un amigo, al igual que Lázaro, y sé que entre nosotros jamás dejarán de ser poetas importantes en nuestra literatura, ninguno de los dos, y eso es lo que más nos interesa a todos aquí. Porque donde uno busca en verdad la poesía es en la habitual irregularidad de los poetas, luego la encuentra o no en los libros.

Y es en las aristas de los actos de madurez donde se produce el giro y las destrezas del animal que llevamos dentro cada uno, cuando se nos echa encima inesperadamente que la propia poesía se enfrenta al poeta y éste piensa instinto arriba en resolver sus ecuaciones de segundo grado del amor, viene el alejamiento y se suceden las razones del frío hasta la quinta norma y en el quinto cuadrante de los desastres personales y la indefinida autogénesis exponencial del individuo que somos crece igualmente en lo desconocido.

Hemos avanzado hacia la reconciliación hasta pararnos en ella. Algunos, más. Fernando Ramírez es de estos últimos que hacen lo que yo ya he llamado anteriormente y seguiré llamando *poesía de la reconciliación*. Poesía esencialmente positiva, cargada positivamente. Pero la suya, que es tangencialmente coral como la de algunos

otros, es también vital, y en su caso de una vitalidad cotidiana y llena de compasiones diversas.

Poesía del amar y del volver a amar y del seguir amando hasta que el amar se convierte en sobrenaturaleza del amor.

Quiero dejar sentado que yo entiendo que Fernando Ramírez es un poeta asomado al mar desde el principio de sus versos. Esto es, que conoce también las intemperies. En el lenguaje claro de las madres, su poesía conoce el sereno de la noche y la brisa que arranca de sí y nos manda lo profundo.

A veces, leyendo sus poemas uno se siente que regresa de un naufragio, salvado, uno se siente que ha sobrevivido y que te esperaban, que todos te esperaban. Son poemas de latido coral.

Al final del segundo poema del primer libro de este ciclo, (*En busca de mi barco*, concretamente –el poema es *Vigía de banderas*–), dice el poeta:

*Soñador de inquietudes:  
las estrellas reales*

*tienen otras alturas  
sin brazos que se cuenten  
ni color definido  
brillando al mismo tiempo para todos:  
                  isolamente en la paz serán felices  
                  las naciones, estrellas de la tierra!*

Hay una vocación netamente popular en los poemas escritos por Fernando Ramírez, vocación callada y probablemente acallada tal vez por otras preocupaciones y circunstancias de percusión ajena a su voluntad. No lo sé, pero sí sé que está aquí esto que enuncio. Su vocación es netamente popular.

En el siguiente poema del mismo libro (*Marinos japoneses*) quiero señalar los siguientes versos plenamente preñados de ese sentimiento característico suyo de compasión y solidaridad universales:

*Alta mar, este dique,  
estas calles alzadas en oleaje  
de costumbres distintas a sus ocios,  
teniendo que luchar contra el desprecio  
de cejas y palabras  
que burlan sus facciones,  
sin el pan tierno  
de un saludo amistoso.*



*Sencillamente,  
por ser eso: marinos  
de pesca japoneses.*

El poema que el poeta llama *Quemar las naves* nos muestra a un hombre de mar de orillas afuera, buscador de la vida en el alma, antes de partir y aún después de haber regresado. Las anclas sueltas, frágiles, colgando, y la alegría de la fiesta del mar endureciéndose a lo largo de la propia aventura de la vida.

En alguna parte y escrito en alguna lengua viva, próxima, debe haber algún libro donde se diga que el hombre se acostumbró a calafatear los barcos y a pintarlos y a ponerles nombres familiares, y a veces hasta llamarlos por sus diminutivos, de tener a la mar como cosa suya, de verla que siempre se pinta distinta, diariamente, que se pinta además con sus sonidos labrados de humedad, arrancados también de sus entrañas en mitad de la brisa.

Entre un poema y otro aparecen versos tajados en la piel coloquial de nuestra sentimentalidad insular.

Así, en *Del ocre al azul*, están estos que se escapan por el final afuera del poema:

*Se durmieron cansados los alisios  
de tanto arar y vuelta a arar mareas,  
de tanto abrir fragancias a los pinos  
de tanto modelar rizos de nubes.*

El poeta enhebra la experiencia del amor y el amor mismo con una ternura inequívoca y distinta, como venida de esas tardes que la soledad irrumpe hacia dentro y que, pasado el tiempo, una noche cualquiera, fundida en esas tardes, devuelve bandurriando torpemente una guitarra contra un sol desesperado arriba en las estrellas. Abandono nutriente del amor. Ahí está el poema *Aquel nido de juncos* como también *El poema de los hijos*.

En los meandros de la memoria, rincón del río esquinado en lo más amplio, está el habitante de los tiempos esperando el mar que no vendrá jamás y que, como mucho, mandará algunos enviados en manada, salmones suyos del mensajero del vivir, supervivientes natos.

Así abarloan la mar de su poesía estos dos libros últimos, que fueron los primeros de la andadura del poeta: *Mar que yace* y *La piedra y el recuerdo* cambian el calendario en el futuro y entornan las emociones cru-

zando geometrías y saludos antes que el atardecer se ponga a crujir acomodándose al cansancio y al placer del sueño.

Otra vez el abandono nutriente del amor.

Es el acontecer supremo, único, de volver del secuestro del tiempo. La épica diaria del amor, el toma y daca de la vida diaria.

Y quiero yo celebrarlo bien alto con él, con el poeta, recuperando esos versos del poema *Mar adentro*, que bien podría valer su título para nombrar este libro primero suyo de este hombre, Fernando, hombre de mar de orillas afuera con el mar. Estos son los versos que he escogido:

*Todos remando mar adentro. Siempre.  
Porque el mar yace en nuestro polvo humano  
Y el corazón navega en nuestra sangre.  
¡Tan cercano está el puerto y la esperanza!  
¡Tan íntimo el abismo y el naufragio!*

Poeta que proclama mano recia y corazón humilde las raíces al aire frente al tiempo, al modo de los que vinieron antes para hacer el mundo y darle dirección a los caminos, sumisión sólo a la naturaleza, palabras a los amane-

ceres y amor a las cosechas, madres tales las madres  
todas las horas del día, bendiciones al pan y a las semillas  
y canciones de ardor vivas a la permanencia de la vida en  
la vida y en la muerte.

El poema *Amores* es también lugar de escapada para las  
cosas no dichas con las otras que sí dice con sencillez  
espléndida el poeta:

*Porque hubo amor,  
pisadas de pastores engendraron  
firmeza de caminos nuevos.  
Porque hubo amor,  
también el monte abrió sus cuevas  
para abrigo y refugio generoso.  
Porque hubo amor  
continuado, el zoco de las cuevas  
engendró el primitivo caserío.*

La sobrevivencia, la vida en su autohacer, el estar, el ser  
siendo, la permanencia, la constancia, el sudor y su flujo  
siempre intemporal que adorna el trabajo en la frente  
antes que en la memoria de las generaciones.

Y el encendido cierre de ese mismo poema que no se para:

*Así el amor rompió en frutos  
y la luz alumbró la sucesión  
de unas piedras sobre otras piedras.  
Porque hubo amor y siempre de su fuego  
surge la luz de nuevas vidas.*

También es verdad que al lado de la emoción positiva del esfuerzo y la tradición activa del esfuerzo aparecen el progresivo abandono de la tierra, la dejadez en el cuidado diario que exige el vivir y más el trabajar para vivir, el despuntar del falso florecimiento y las autocomplacencias, el orgullo grosero que no corresponde a conocimiento pleno alguno de ninguna sabiduría ni a una elevación supuesta de los espíritus, fuere fugaz o no tal supuesta elevación. Algo de todo esto y mucho más se cumple en el poema *El sol de cada día*:

*Mientras llora el sol su fuego,  
duele ver las matas secas,  
ver morir los tomateros  
o podrir las plataneras  
con sus racimos sedientos.*

*Sofoca como un infierno  
que el dueño de un haz de venas  
que esconden agua en el suelo  
trasnoche gastando estrellas  
y acueste el sol en su lecho.*

*Duele ver morir la vega  
Mientras ríe el sol su fuego.  
¡Cansa tanta primavera!*

Me emociona particularmente, y de forma muy especial, la gratitud del individuo humano hacia el humano que respira el poema numerado como cinco el libro ***La piedra y el recuerdo***. Abre y corta, secciona innumerables desplazamientos de relación y música colectiva, también al modo de los que vinieron antes para hacer el mundo.

Acabará aquí mis comentarios. El poema irrumpe así:

Enséñame a esculpir, labrante,  
torres de amor.  
Enséñame.  
No importa que en sus huecos  
arrullen paz de nidos  
las palomas. Enséñame.  
Enséñame.  
Enséñame.

Estamos hablando de alguien que empezó ya siendo un poeta arraigado del amor y por el amor, de un poeta de la mar, y, por el vivir y el esfuerzo diario, más arraigado aún en el sentir colectivo de la vida, o lo que es lo mismo, la vida total, la mar total, el oleaje de la vida y sus bajuras. Núcleo y a la vez madre focal de su poesía son la mujer,

la compañera, las ilusiones comunes, los hijos y la memoria de sus antecesores que refuerzan su muy profundo y más que trascendente arraigamiento.

Ya empezábamos nosotros este escrito ofreciendo la sugerencia de que Fernando Ramírez es un poeta que se asomó al mar desde el principio de sus versos y vamos a concluir arriesgando convencidamente que Fernando Ramírez es un poeta que, mucho antes de que yo lo nombrara aquí así, ya estaba él –y de allí viene– en el presente anterior de la poesía de la reconciliación. Adelante, Fernando. Ánimo. Detrás viene mucha gente. Nuestro pueblo también. Adelante. Dime que no me he equivocado en esto. Dime que, al menos en esto, no me he equivocado. Gracias por oírme. Gracias por oírme tú a mí. Adiós. Hasta siempre y que en poesía vivas mucho tiempo más.

*2009, septiembre/15.*

*ISLAS CANARIAS.*

**Juan Jiménez.**





*Que tu palabra brote...  
«sencilla y grande como una manzana  
que anida la semilla  
de futuras manzanas».*

*Evgueni Evtuchenko*

## Justificación del autor

Han transcurrido más de cuarenta años desde que fueron publicados aquellos dos poemarios míos de juventud, *Mar que yace* y *La piedra y el recuerdo*. A partir de entonces mi producción poética ha sido más bien escasa y ocasional. Recuerdo al efecto aquellas palabras del también poeta y periodista, Pío Gómez Niza, quien me advirtió cuando comencé a ejercer mi profesión en la prensa: «Cuidado, Fernando, porque el periodismo mata al poeta». Sentencia que ahora reconozco como un presagio cumplido.

Sin embargo, amigos lectores, una vez llegado el momento de mi jubilación laboral, aquí me tienen ustedes hilando de nuevo en la rueca poética, retomando aquella mi afición de antaño. Aunque es justo confesar desde el primer momento que esta edición se ha producido, en gran parte, debido a la insistencia de voces ami-

gas que me han aconsejado e, incluso, me han impelido a la vuelta a este ejercicio.

Metido en tarea, me siento como Penélope, en la *Odisea* de Homero, quien nunca terminaba de tejer el manto que tenía pendiente. Porque la hija del dios Ícaro y de Peribea deshacía durante la noche la tela que había hilado en el transcurso del día precedente. Sin embargo, la causa de aquella y de esta tardanzas es bien distinta. La esposa de Ulises, en la mitología griega, procuraba así alargar el tiempo para burlar a sus pretendientes, siempre a la espera de la llegada de su marido. En mi caso, he retomado la rueda poética, «a la luz del ocaso que comienza», simplemente para tratar de mejorar aquellos versos antiguos de juventud o para añadir algún que otro poema nuevo que enriquezcan en lo posible la calidad del paño antiguo. Así, quienes conserven algún ejemplar de aquellas cortas ediciones de los años sesenta, se encontrarán ahora con poemas reelaborados e incluso con alguno que otro nuevo, insertados en su contenido.

En cuanto al orden de los distintos poemarios, en esta recopilación he preferido comenzar ofreciendo el vino que hasta este momento ha permanecido guardado, sin salir a la luz, aunque también sea «vino añejo». Me

refiero a los poemarios hasta ahora inéditos y que en su día obtuvieron el reconocimiento en los certámenes poéticos Antonio de Viana 1968, convocado por el Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife; y el Tomás Morales 1976 de la Casa de Colón de la institución insular grancanaria. Estos dos libritos fueron presentados a concurso bajo los títulos *En busca de mi barco* y *Mujer sentada*, respectivamente.

Añado que, al igual que los primeros cuadernos de poesía *Mar que yace* y *La piedra y el recuerdo*, estos otros dos poemarios inéditos han sido reelaborados e, incluso, incrementados respecto a los originales primitivos. Por otra parte, al final del titulado *Mujer sentada* (dedicado a la pintura del artista galdense, Antonio Padrón, y a mi esposa, «también mujer sentada») he agrupado algunos poemas bajo el epígrafe general de *Sueltos*. Algunos de ellos fueron publicados en la antología *Poesía canaria última*, en el año 1966.

Finalmente, quiero agradecer a la Tertulia P. Marcelino Quintana el interés mostrado por parte de sus miembros para que esta edición se hiciese realidad. Y, también, porque anteriormente, en reiteradas ocasiones, quisieron escuchar mis poemas en la antigua y entrañable

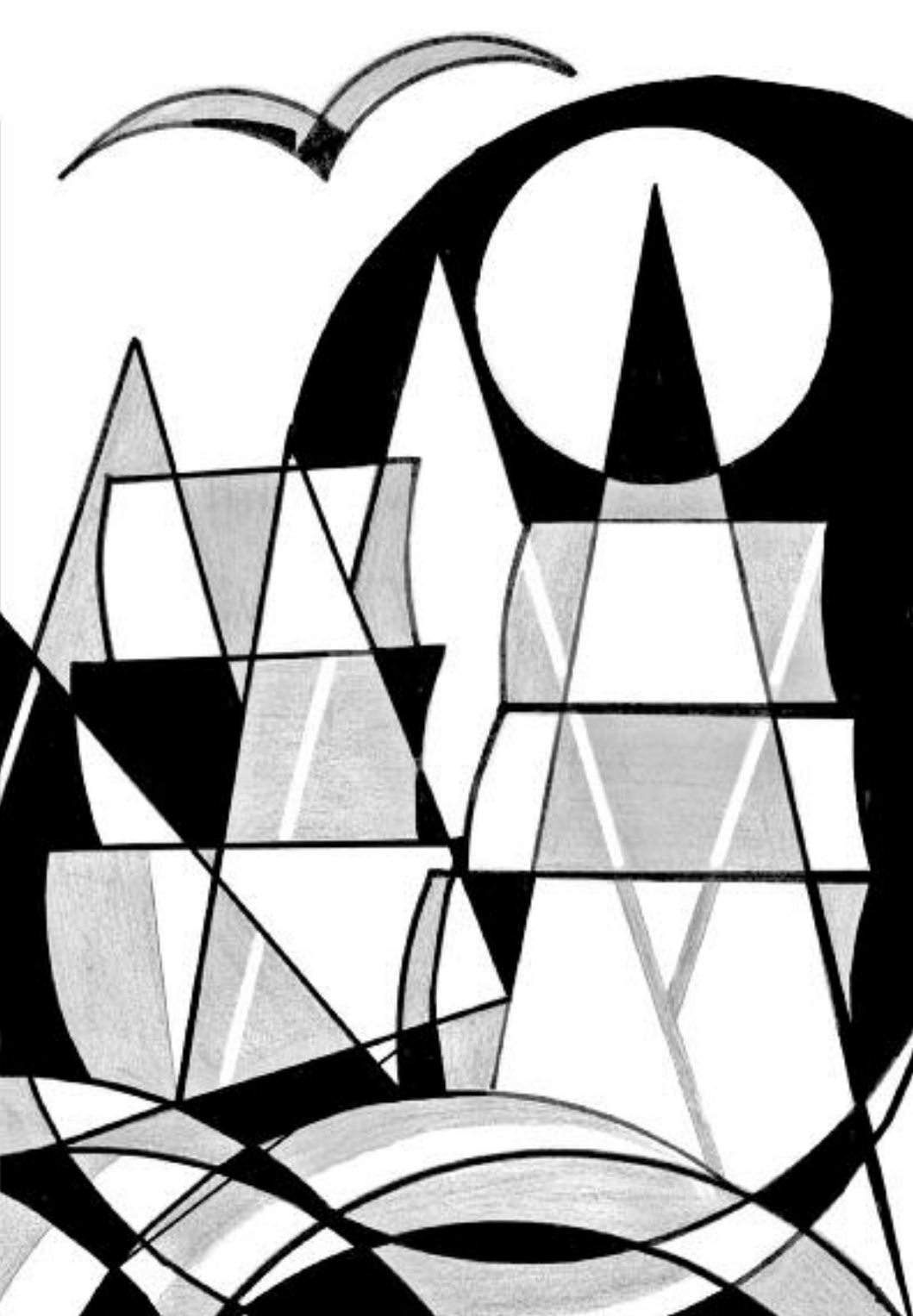
ermita de la Era de San Pedro, dentro de la programación habitual de sus citas mensuales, *Música y poesía en la ermita*.

Espero en definitiva de la paciencia de los lectores que se cumpla en ellos mi deseo de encontrar en estos versos «el ansia de brotar» que he intentado imprimirles y que, del mismo modo, mis versos sean como una manzana que «anida semilla» de tiempos futuros.

**F. R. S.**

*Las Palmas de Gran Canaria, julio de 2009.*





En busca  
de mi barco





La primera parte de este poemario, presentada bajo el lema «la fragata de papel», fue distinguida con el segundo premio en el concurso poético convocado por el Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, el año 1968. Sin embargo, hasta este momento ha permanecido inédito.

En esta edición se han agregado al original primitivo algunos poemas escritos con posterioridad, «a la luz del ocaso que comienza», y que aquí se ofrecen bajo el epígrafe de «Segunda parte». Por otra parte, todo el conjunto ha sido nuevamente elaborado con vistas a esta edición.



# PRIMERA PARTE



*«Y el mar... como invitando a lo imposible».*

*Alonso Quesada*

## En busca de mi barco

Mástiles recostados sobre las olas,  
los muelles toman sol frente a la playa,  
sestean su mediodía  
y se quedan dormidos, en paz.

Me descalcé los pies.  
Dejé sobre el ardor de las arenas  
ropa, saber, prejuicios  
y nadé estallando mil estrellas  
de sal. En mis pupilas de gaviota  
siempre fija la anguila rectilínea  
del puerto, como un índice de rutas.  
Había decidido buscar  
mi barco, fijar rumbo  
para elegir mi coto de faena,  
recibir mi legado,  
y repartir mis peces y mi pan.

Metí las verdes aguas en mis ojos  
y, como en un mercado de fábula,  
los buques se me hicieron horizonte,  
cada uno su bandera, su doctrina,  
sus humos y sus moles contra el rostro.  
Levanté el vuelo, entonces,  
el ansia, la esperanza  
hasta los mástiles más altos.  
Busqué un alcaraván,  
un vuelo de gaviota  
que señalase pesca  
y no lo hallé.  
No pude elegir mi coto.

Agucé mis oídos y al instante  
mil canciones marinas me llegaron  
en babel de verdades y mentiras;  
pero no aquel cantar  
que yo soñara,  
que en todo meridiano se entendiese  
su tono, su lenguaje.  
Y me hundí hasta el fondo de las aguas.  
Quise abrazar, seguir  
la estela recta,  
purísima, segura,

que dejaban los rumbos de los buques  
a los vientos abiertos de la mar.  
Solamente era espuma  
lo que creía amor  
y no pude fijar mi brújula.

Me sacudí sobre la arena  
las gotas del fracaso.  
Me iba como garza solitaria  
cansada de su vuelo,  
sin hallar barco alguno,  
sin fijar rumbo,  
sin poder elegir mi coto  
donde faenar.

Temblando sobre el agua mansa  
de un cubo de juguete,  
de súbito llenó toda la mar  
de mis pupilas  
un barco de papel, sin importancia,  
que olvidó la ilusión de un niño.  
Un sencillo barquito construido  
en una hoja amarilla, rota,  
de un libro ya inservible.  
Se llamaba (capricho de dobleces)

«Dichosos los pacíficos»...

Y había muchos peces, muchos panes,

desbordando mis cestas

para ser repartidos.



*Banderas multicolores de distintos países ondean en las astas de los buques escuela llegados a este puerto como meta de la regata Brest-Las Palmas, 1956.*

## Vigía de banderas

Vigía de banderas,  
soñador de inquietudes, sube  
más alto de la cofa.  
Súbete a las estrellas,  
–las estrellas reales–  
y si puedes, deshoja sus aristas.

Las estrellas con puntas limitadas  
son retazos cosidos a banderas.  
Ni es Israel  
una estrella de seis brazos;  
ni Australia, una ráfaga de estrellas  
navegando entre vientos del sur;  
ni Cuba, Panamá o Puerto Rico  
son estrellas de mar,  
mar Caribe de cinco fugas.

Las estrellas de aristas limitadas,



*Anochece. Luna de oriente cansada.  
Cascos negros de pesqueros japoneses junto  
a los muelles.*

## Marinos japoneses

Es este muelle viejo  
de Santa Catalina  
bambú de protección  
donde se amarran  
pesqueros factorías japoneses,  
abrazados de dos en dos, de tres  
en tres, y hasta de cuatro en cuatro.

Y es el muelle alta mar  
para aquellos marinos orientales  
que vuelven a la tierra  
con halos de gaviotas,  
después de largos meses  
mineros entre hielos  
y carbones de atunes.

Alta mar, este dique  
de mujeres ausentes,

pues, hasta en los burdeles  
arraigan los prejuicios.

(«Zorra de japoneses»  
será la última piedra que se lancen,  
trapo sucio a la cara,  
si dos ramerás riñen).

Alta mar, este dique,  
estas calles alzadas en oleaje  
de costumbres distintas a sus ocios,  
teniendo que luchar contra el desprecio  
de cejas y palabras  
que burlan sus facciones,  
sin el pan tierno  
de un saludo amistoso.  
Sencillamente,  
por ser eso: marinos  
de pesca japoneses.

Mas ellos cantarán siempre su estirpe,  
su historia, su cultura

«más antigua  
que los mismos guijarros de la playa,  
de mil generaciones y cien mil  
generaciones».

*El Palawlow y el Ger Brestea, de bandera rusa, fondeados a cinco columnas en los periódicos.*

## Caín y Abel

No es que aquellos niños fuesen  
el malo uno; otro el bueno;  
por más que sean racimos  
nacidos de la misma cepa,  
regados con la misma agua,  
crecidos bajo el mismo sol.  
Pero ellos se odian todos los días  
de su triste existencia,  
como sus padres se odian,  
a pesar de llevar la misma sangre,  
de navegar un mismo mar.

En realidad no saben el motivo  
de la desavenencia; desconocen  
la saeta que rompió el blanco núcleo  
familiar, que cortó el aire sin saber  
por donde. Aunque sí presumen  
que fue cuestión de herencias

por la abundancia de hojas en una  
rama, por la pobreza de la otra.

Lo cierto es que los niños ahora  
no juegan en la misma acera,  
ni tienen una misma calle  
y uno pasa corriendo junto al otro  
como una sombra;  
que las chimeneas de sus casas  
brotan humos distintos  
que señalan a oriente o a occidente.

Ahora van a lo suyo cada uno y  
no hay dos para un mismo juego,  
como si fuesen dos planetas  
que no se relacionan.  
Hasta que, un día, el vino de un abrazo  
desvanezca las gotas de la noche,  
cese la lluvia, eche brotes  
la higuera y se escuche nuevamente  
la voz de la tórtola.

*Baile en el casino de la ciudad en honor de los cadetes de los buques escuela participantes en la regata internacional.*

## El capitán de la nave

Su inteligencia ve crecer  
la buena o mala hierba entre las olas.  
Su barco, como reina de ajedrez,  
siempre está en el cuadrante más seguro  
del tablero marino.  
Como una anguila  
se desliza su astucia  
sobre las aguas.

Arriba, desde el puente, por el humo  
de su pipa prevé las rebeldías  
cuando aún son proyecto a bordo;  
o bien, la tempestad que a muchas millas  
se está fraguando.

Si fuese necesario, con sólo  
su mirada de halcón  
hechiza a sus marinos,  
y su gesto domina los motines

apenas brotan,  
sin montar el caballo de violencia.  
Sólo el gesto, la fuerza del mirar  
mete en cadena a esta grey,  
desde el más orgulloso al más imbecil.  
Al poder de su voz rige la nave  
como el martillo  
que pautaba los remos  
en la antigua galera.  
Y, no sólo reparte puntualmente  
la paga a sus marinos sino  
que a veces adelanta la jornada  
cuando tocan un puerto.

Todos dan por seguro  
que en caso de naufragio  
su capitán será el último  
que dejará la nave...

Y preguntó el novel grumete:  
«sólo quiero saber del capitán  
Si son como hijos sus marinos.  
Si es así, doy por hecho  
que en cada instante hará lo conveniente».





son de tambor y voz de melodías  
de las profundidades del África.

Quería bajo la sombra de sus alas  
esconder sus desprecios y su orgullo;  
derramar toda rabia  
por las humillaciones  
sufridas por aquel su otro yo.

En nada, había quedado el color  
de la piel ni la fuerza de la sangre.

El bisturí de Barnard  
con gran maestría había zanjado  
de una vez, toda costra de prejuicios.

En el pecho vaciado  
de un hombre de raza blanca  
con gran fuerza latía el corazón  
de un hombre de color,

¡ide un hombre!

*Al no tener noticias de ninguno de ellos ni del pesquero que emprendió la odisea a Venezuela, pasado un año, sus familiares dan por desaparecido en el océano a un grupo de emigrantes canarios.*

## San Borondón

Quietas aguas celestes, tan calmosas  
que el corazón echó el áncora a la mar,  
envergó el trapío al gratil,  
desenrolló la escala  
y bajó a los espejos de las aguas.

Las garzas con su pico iluminaron  
una orilla cercana y hasta ella  
me empujó el rumor del oleaje.  
Septiembre estaba allí, todo quietud,  
el silencio elevándose,  
bañándose de luz. Sólo se oían  
muy lejanos los cantos de sirenas.

Salí hacia aquel tibio atardecer  
descalzo y arrullado por zureos  
de palomos, llegados de las rocas.

Las gaviotas oteaban peces,  
girando sin parar  
en órbitas azules.  
Y los alcaravanes anunciaban  
el crepúsculo, saliendo de sus nidos  
al calor de la arena.

Mi corazón, con tanta placidez  
de la tarde encendida,  
desplegó al ensueño sus dos alas  
dejando allí mi cuerpo acurrucado  
dentro del caracol de la ribera.  
Voló mi fantasía con la brisa,  
plena de beatitud,  
olvidando fatigas y luchas,  
cansadas travesías, los agobios  
de tambores salvajes redoblando  
en mis frágiles sienes,  
u olvidando el desespero de las calmas  
sin un soplo de brisa en mis velas.  
Todo quedó borrado al corazón  
como un pasar de página.

El viento me clavó su pico, entonces,  
y sentí sus esposas en mis manos,

prisioneras de tanta miel.  
Mis piernas con los grillos del frío,  
tampoco se podían despegar.  
La noche, sus pezuñas en mi aliento,  
me negó un madero a que asirme  
para no ser tragado en el abismo.  
Ya no habían palomos zureando,  
ni gaviotas oteando peces,  
ni un triste alcaraván sobre la arena.  
Ni siquiera nadaba allí una playa.

Aquellas aguas hondas me arrastraron  
con sus dedos de agobios  
hasta que di de bruces contra el casco  
de mi olvidada nave.  
De nuevo pude asir la escala,  
subir a los candiles, las estrellas,  
tenderme en la cubierta arrulladora,  
ila que yo pretendía incinerar!

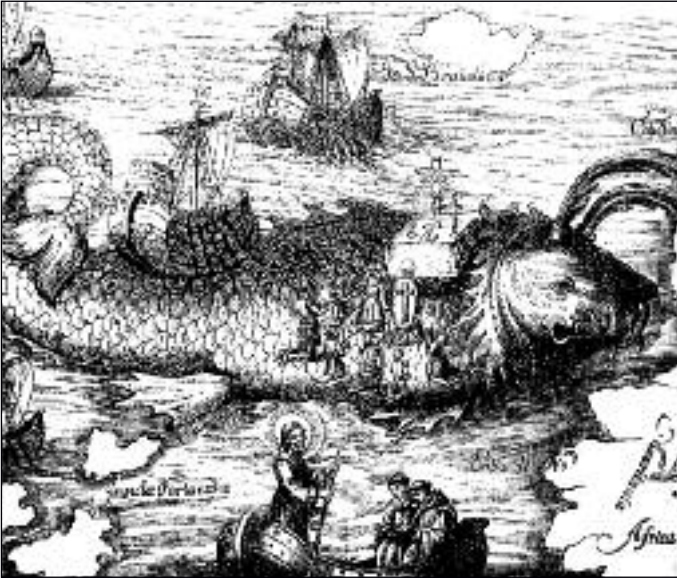
Allá en lontananza las nubes  
arrastraban vapores de un volcán  
que llovía contra el rojo cielo.  
Cargadas en los hombros de los vientos  
eran un gigantesco monstruo

marino, un cetáceo, falso islote  
de mis sueños de miel y brumas.

Aquí se destapó el tarro  
de recuerdos cosidos  
con hilos fabulosos en el lienzo  
de mi ingenua niñez. Y el mito  
creció hasta la memoria  
como olas que se avivan, suben  
y se deshacen;  
como la isla quimérica del Santo  
Borondón, que aparece y que se pierde  
tras los velos de nieblas.

#### EL MITO DE SAN BORONDÓN

Leyenda popular de Canarias sobre una isla que aparece y desaparece desde hace varios siglos, con origen en el periplo legendario de San Brandón de Confert (San Borondón). Debido a ese extraño aparecer y desaparecer, o esconderse tras una espesa capa de niebla, también ha sido llamada «la non trubada», «la encubierta», «la perdida», «la encantada», etc. Leonardo Torriani, ingeniero encargado por Felipe II para fortificar las islas, describe incluso sus dimensiones y ▶



Grabado siglo XVI. Biblioteca de las artes decorativas, París.

- ◀ localización y aporta como prueba de su existencia las arribadas fortuitas de algunos marinos del siglo XVI. Se localizaba al oeste de la isla de El Hierro y en dirección a La Palma. Otros historiadores atribuyen la extraña aparición a alguna acumulación de nubes en el horizonte o a un fenómeno de espejismo. Lo cierto es que, en el transcurso de tres siglos, se organizaron muchas expediciones en búsqueda de la mítica isla de San Borondón.

*La prensa publica esta mañana una entrevista  
con una familia noruega, llegada al muelle  
deportivo, en el yate en que viven.*

## Quemar las naves

Anclado entre las velas blancas  
de las casas, la mole del volcán  
dormido

no dejaba que mis ojos,  
mis palomas, volaran  
sobre el cielo del mar de mi niñez.

Sólo había un resquicio que rompía  
mi condena, mi veto:  
la cima hundida en cráter, la cantera.  
Mis ojos soñadores, desde allí  
volaron muchas tardes al océano.  
Por eso decidí un día  
quemar las velas  
ancladas de mis casas, lanzándome  
al agua, a navegar.

Me dieron una celda  
como huerto cerrado y camarote;



como único cantar,  
el manantial sellado del silencio;  
chasquear de disciplinas en la espalda  
después de las «completas», por las noches  
al son del «miserere», como escudo  
colgado en la muralla de mi torre.

¡Qué dura es la vigilia  
en esta carabela!

¿Dónde el soñado mar de las bonanzas?

¿Dónde la paz?

Y de nuevo quemé mi navío  
para buscar un nuevo mar.

Así, de barco en barco fui  
del uno al otro puerto por la vida  
buscando siempre tablas ideales,  
quemando siempre falsas utopías.

Ahora, al fin, navego a ocho manos  
en este mar pacífico, alumbrado  
por ocres del ocaso que comienza.  
Ahora echan brotes mis higueras  
y esparce su fragancia mi viñedo.  
Mi esposa es timonel del nuevo barco,  
mis dos hijos banderas de esperanza;

nuestro amor, el mejor vino  
para volar unidos como garzas  
sobre nuestro océano.

# SEGUNDA PARTE



*Debido a las altas temperaturas, una nube de langostas del desierto invade las islas.*

## Del ocre al azul

Se durmieron cansados los alisios  
de tanto arar y vuelta a arar mareas,  
de tanto abrir fragancias a los pinos  
de tanto modelar rizos de nubes.  
Y agosto se subió fuego asfixiante  
con cielos oxidados de calimas  
porque el solano halló puertas abiertas  
y sacudió sus polvos del desierto.

Sobre la mar, la más extraña flota  
de gigantescas bolas que rodaban  
sopladas por mofletes de aire ardiente.  
Y cuando tierra firme divisaron  
en nubes de langostas transformadas  
subieron hasta el ocre en muchedumbre  
que al mismo astro de luz dejó en tinieblas.  
Allí donde posaban, devoraron  
todo verde creciendo de la tierra.

Caminos y sembrados se colmaron  
de ancianos y de niños que sonaban  
cacharros, cacerolas y maderos.  
Los curas y mujeres rogativas  
envolvieron con lágrimas y cirios.  
Un ateo clamó a Dios recordando  
la octava plaga. Ciegas las gaviotas  
gruñeron por el polvo que rayaba  
sus ojos e insectívoras se hicieron.

Hasta que los alisios despertaron  
su letargo volviendo azul los ocres;  
expulsando de nuevo a sus desiertos  
de un solo ramalazo, hasta la última  
langosta, hasta el rescoldo más menudo  
de aquel intruso polvo ardiente.

Allí padecerán encadenados  
veinte, cuarenta, menos o más años,  
las langostas sin verdes y los vientos  
asfixiantes quemando sus arenas.

Aquí, el alisio sigue arando mares,  
esparciendo fragancias de los pinos,  
modelando caprichos a las nubes.  
Y agosto se bajó más respirable.

*Principios de marzo de 1989: las cenizas del poeta Agustín Millares Sall son esparcidas en aguas del Atlántico.*

## Rojo

Atardece su rojo la manzana  
sobre la mar en llanto. Los almendros  
florecidos también llenan las cumbres  
con mil lágrimas blancas, nacaradas.

Cuando marzo ya está sembrado,  
los surcos de la mar recogen  
tu verbo, tu cantar, que esparcen  
los alisios. Aquí quedó al recuerdo  
vibrando los mensajes de tu voz,  
tu recital sonoro enmudeciendo  
rugidos de oleajes. Aquí, suelto  
caballo de batalla contra mares  
que siempre tu poesía cabalgó.

Tu siembra silenciosa continúa.  
Tus esperanzas siguen al viento,  
por más que esté «subida la muerte  
sobre los mismos palos del alba».





y rostros apiñados como sombras  
inmóviles que asoman, dentro  
de aquel gran calabazo.

Han de ser ayudados porque  
pies y manos parecen atrapados,  
mordidos por feroces dientes  
de fríos y humedades.

De sus pupilas saltan mariposas  
agradecidas, cuando  
sus labios agrietados al fin beben  
agua que no es salada.

Desconocen a dónde son llevados  
y mientras ven pasar nubes al viento  
piensan cuándo podrán soltar algún palomo  
que les lleve dinero a sus parientes.

*Una patera abandonada ha sido descubierta  
entre las rocas cercanas a Pozo Izquierdo.*

## Verde

La mar verde bonanza, silenciosa  
despereza sus sueños de luz nueva.  
La patera a babor echada  
sobre lisos y negros guijarros  
mostraba el maderaje desgarrado  
por traidores punzones,  
por puñales de rocas.

Unos pocos guiñapos olvidados  
tapan el costillar de cuadernas.  
Pero ni un emigrante a la luz.  
Todos buscaron nidos cual pardelas  
antes que amaneciese.  
Otros ojos vigías compatriotas  
ocultaron su rastro bajo mantas  
y al comfortable alivio de un té  
lavaron toda huella delatora.

En la orilla, los ojos de callaos  
de un pescador isleño

saltaron de sorpresa:  
la patera blandía sello y firma  
que ni el agua, ni el sol, ni las rocas  
desvanecer pudieron.

Junto al cuerno partido de la proa  
se leía un mensaje en negro  
sobre el verde gastado de las tablas.  
La barca se llamaba *La Esperanza*.

Y el viento cabalgaba sus silbidos  
sin querer enterarse.





Mujer  
sentada





Este poemario mereció el segundo premio Tomás Morales de 1974, convocado por la Casa de Colón del Cabildo Insular de Gran Canaria. E, igualmente que el anterior ('En busca de mi barco') ha permanecido inédito hasta este momento.



## El misterio de Antonio

¿Qué embeleso le había soterrado  
tan profundo a la tierra de su huerto?  
¿Por qué junto a la sangre, allí,  
del drago de milenios, enraizado  
junto a Cueva Pintada, catedral aborígen  
y cierra todo el arte de sus sueños?

Siempre estaban abiertos al amigo  
los brazos y las rejas  
que a él tenían preso.  
Un abrazo en el aire, siempre,  
y un banco y una copa y un brasero  
y ventanales, cien ojivas  
de colores dispuestos  
para entrar al paisaje inconfundible  
que velaba las llamas del misterio.

Y la luz rutilante, siempre allí,  
manteniendo, alumbrando desde el centro.  
La brasa de sencilla humanidad,  
la llama bajo el ala del silencio.  
Cada jornada Antonio  
acudía a cegarse con su fuego:

Blanca mancha salida de los ojos  
enmarcada en un triángulo severo.

Y la luz día a día,

Antonio\*, allí,

esperando su encuentro.

\* Antonio Padrón (1920-1968) fue un pintor expresionista grancanario que reelaboró en sus tablas los mitos y tradiciones de su isla. Estudió en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando (Madrid) y a partir de 1950 se recluyó en su pueblo natal (Gáldar), del que no volvió a salir. Por sus cuadros desfilan campesinos, molinillos de fiestas pueblerinas, chiquillos con sus cometas, santiguadoras y brujas, pescadoras, dromedarios... En fin, todo un canto al pueblo isleño. Su casa en Gáldar ha sido convertida en museo donde puede contemplarse su obra pictórica.

## Mujer sentada

Desde entonces, ya nada le importaba.

¿Reconocer su viña, su heredad, sus linderos?

¿Beber del manantial en propia mano  
más allá de las frías escrituras?

Ya nada le importaba.

Calzadas las sandalias de la fiebre  
había recorrido, en otro tiempo,  
palmo a palmo su hacienda,  
orquídeas, platanares,  
cabalgando un deseo indefinido.

Sólo ella desde ahora, inaugurado  
compás magno de su arte.

Ella, mujer sentada,  
diminuta la faz –delta invertido–  
en la torre del largo cuello,  
vigorosos y rotos brazos,  
toscos los pies...

Siempre ella reencarnada en los rostros  
que él trasladaba a sus tablas:

santiguadoras, brujas, echadoras  
de cartas, sus dramáticos  
personajes, sus niños, siempre  
bajo el hechizo mágico  
de la mujer sentada:  
Roja arcilla fundida en idolillo  
que permanece al paso de los siglos  
como sitial, oriente, peña viva,  
mujer sentada.

Sólo ella desde ahora.

## Sus pinceles de palma

Cada vez que sus tallos de palmera  
–sus extraños pinceles, sus espátulas–  
florece colores,  
la esfinge resurgía bajo el triángulo  
de floristas, hilanderas, campesinas,  
turroneiras, tenderas, pescadoras...  
Cada vez que abría su paleta,  
la cola de su pavo real.  
Pertinazmente izándose  
del lago mineral  
de blancos y ocres  
o de negros amasados  
con gotas de la triste lluvia.

Ella, de cada isla –cada cuadro–  
hechizo inconfundible  
habitando una tierra requemada  
sembrada de camellos angulosos  
o de cabras en medias lunas.  
Siempre mujer sentada, allí,  
con obsesión tenaz de novia y sino  
en coito inevitable  
engendrador de vida.

## El último lienzo

Aquel invierno, iluminado, Antonio  
volvió a amasar sus ocres, blancos, negros,  
con gotas de la triste lluvia.

Y sus toscos pinceles bosquejaron  
fuertes, inconfundibles rasgos  
de una «Piedad», también mujer sentada  
de triangular cabeza y cuello en torre,  
de vigorosos brazos y pies rudos.

Tal vez estaba Antonio convencido  
que su obra se teñía en el ocaso  
y confió al lienzo  
más amplias proporciones.

Tal vez fue la emoción luz presentida  
y el ansia del pintor por sublimarla  
dieron fuerza al hechizo de la esfinge,  
trazando duramente como máscaras  
negras, en el vacío de la luz  
aquella alucinada  
derrota de la muerte.

Tal vez sintió el abrazo de las manos  
invisibles de arcilla y fuego



y de sus dedos frágiles, por siempre  
se cayeron sus tallos de palmeras.  
Desde entonces navegan juntos  
Antonio y la mujer sentada  
sobre el lago de luz de tantas citas.

*Poema inspirado en el cuadro del mismo  
nombre, de Antonio Padrón.*

## Jareas

Sobre negros callaos  
las mujeres descalzas, afanosas,  
descosen como libros a los peces  
y limpian sus entrañas.  
Con cariño de ropa blanca  
luego las van izando, banderas  
tendidas a los vientos.

Tienen color raído  
de pan grosero, las jareas.  
Son escudos de sal, de sacrificio,  
signos de aquel vivir en la costura  
de la jarea grande y extendida  
de la mar y la costa.  
Semejan senos achatados,  
endurecidos por los dedos  
obscenos del Alisio, las jareas.

Cuando vuelven a tierra los costeros  
sacian con ellas largos hambres

y alivian los gemidos de sus olas  
hirviendo de tormentas.  
Pardelas para vuelos en la noche,  
abiertos corazones  
dispuestos al abrazo,  
sobre recios callaos de la orilla  
mujeres y jareas.

*A mi esposa, María Angélica, también  
«mujer sentada».*

## Aquel nido de juncos

Tímida, grácil, escudada  
detrás del vaporcillo  
de una taza chinesca de café,  
casualmente, una tarde apareciste,  
mujer, extraña mariposa  
posada sobre el mástil de mi barca.

Vacilante bajaste tus colores  
hasta mis hombros  
y luego te asentaste  
replegando tus alas.  
Y vi cómo se erguía  
tu pequeñez, brotando del asiento,  
aquella concha,  
aquel nido de juncos.

Un recuerdo hacía temblar tu luz,  
la culpa de una deuda  
cuando aún eras crisálida;  
la culpa de un reclamo

que jamás contestaste.  
Pero ahora tu presencia  
se hizo respuesta  
después de cuatro estíos.  
Y en aquella concha-nido de juncos  
crecieron en velamen  
las sedas de tus alas.  
Allí vi cómo ardían tus ojos  
y decían y huían  
para luego volver.  
Y cómo te quedaste, al fin,  
mujer sentada entre mis brazos  
junto a mis redes  
haciendo de mi barca nuevo nido.

## El poema de los hijos

No es exacto decir que

«hombro a hombro

trenzamos el poema de los hijos».

No es exacto, mujer, porque tú fuiste

rueca, madeja e hilo; fuiste todo,

mientras yo apenas

palpaba con mis dedos

la calidad del paño, tu obra.

Antes, mujer, pasaron siete inviernos

de esperanzas baldías, amasadas

con lágrimas y sal.

Siete años largos

hasta que se hizo la luz, la primavera.

Y tus brazos, entonces, cuna fueron;

tu regazo, amorosa calidez;

tus senos, el venero de las aguas

más vívidas, más frescas,

donde aquellos dos brotes

echaron sus primeras ramas.

Así fuiste trenzando poco a poco

los versos de la estrofa inicial

del poema de los hijos.

Ahora, cuando anclamos en octubre,  
cuando anuncian otoño nuestras vidas,  
a madurar comienzan sus destinos,  
a arrancarse de nuestro árbol  
como caen las hojas y las flores  
tan prontas a volar como hadas.

Ellos son el futuro, el fruto último  
de un árbol cuyas hojas somos;  
también son el comienzo de otros  
inéditos poemas.

¡Tú: mi asiento!

Tranquilo azul de nuestra soledad.





# Sueltos



Bajo este epígrafe general he querido recoger los poemas que siguen y que no pertenecen a libro alguno de los editados anteriormente ni tampoco a los dos que anteceden. Los dos primeros ('No tienen hambre' y 'Poética') fueron publicados en la antología 'Poesía Canaria Última', editada por El Museo Canario, en diciembre de 1966, estando al cuidado de la misma: Manuel Hernández Suárez y Lázaro Santana. El tercero data de una de mis estancias en la isla de La Gomera, hace ya una treintena de años.



## No tienen hambre

Y nadie le tendía la atención,  
la mano, el alma.

Venía el hombre, el poeta,  
con sus ánforas llenas de ilusiones,  
su voz, luz generosa de ideales  
para ser esparcidos.  
Recitaba, gritaba  
la voz de sus papeles despreciados:  
—¡Tomad, saciaos del pan de la palabra,  
que no sólo de espigas calcinadas,  
o de sudor, o astucias en dinero  
se nutre, vive, el hombre!  
Yo os traigo el verbo.  
Y desgrano las uvas de mis versos  
al hombre, al cielo, al mar, al monte, al aire,  
para vosotros.

Y nadie le tendía la atención,  
la mano, el alma.

Es lamentable el hambre. Lamentable  
si no hay pan o ilusiones a la mesa.

Pero más angustiosa, es más triste,  
la inapetencia, rostro de la muerte.  
Grita el poeta el sueño,  
la luz, el verso, ronco,  
con lágrimas de ser reconocido.  
Mas, el hombre perdió ayer el espíritu  
por el pan, por la bestia, por dinero.

Y nadie le tendía la atención,  
la mano, el alma.  
¡No tienen hambre!

*«Tu palabra será sencilla y grande  
tal como una manzana  
que anida la semilla  
de futuras manzanas».*

*Evgueni Evtuchenko*

## Poética

Quisiera encaramarme a mi palabra  
y poder aventar con fuerza,  
toda maleza, toda broza inútil,  
que en ella se encuentre.  
Quisiera quemar todo verso hueco  
que no anide en sus entrañas  
semillas de futuro.

Así como el feriante se prepara  
el más limpio mantel de su tienda  
para luego exponer su mercancía,  
desearía poder inaugurar  
una página nueva,  
blanca y enteramente pulcra  
donde vaya creciendo mi voz  
para ser escuchada.

Quisiera que en mi huerto enraizase  
el más frondoso árbol  
cargado de abundantes frutos  
preñados de simientes.  
Añoro que mi verbo sea  
fuente fresca de sanas aguas  
para ser bebidas.



*Para mis cuñados, Adela Pérez y  
Santiago Tadeo.*

## Garajonay

### Romance de la niebla

Descalza corre la niebla  
ventisqueros de la prisa,  
sus dedos sobre mis ojos  
borrando hondos y esquinas.  
Desde estas alturas, dicen,  
cuando la niebla dormita  
siluetean sobre el mar  
los azules de otras islas.

*Mi esperanza quedó a oscuras,  
ciega de geografías.*

Trae olor de arcilla roja,  
la niebla entre las sabinas;  
jadea versos de un romance  
en lengua de Benchijigua;  
tamborea una leyenda  
por todo el bosque que pisa;

llanto las piedras brotan  
lágrimas la laurisilva;

*Leyenda que no historia  
cantan chácaras heridas.*

«Jonay nadó la distancia  
que el halo del Teide indica.  
Sus brazos fueron sus remos,  
sólo el amor fue su quilla».  
Y la niebla tronó su voz  
desmintiendo la utopía:  
«Ese cantar lo inventaron  
otros versos de Castilla»;

*La leyenda fue anterior;  
la leyenda es más sencilla.*

Huye de nuevo la niebla  
hasta el fondo de la sima  
en donde Gara y Jonay;  
en donde amor es enigma.  
«Desde este alto se lanzaron.  
Aquí comienza, allí termina

la leyenda del romance  
que en estos montes se silba».

*Garajonay, sólo un nombre,  
leyenda de cinco sílabas.*



una coreografía inédita.  
¿Cómo no va a saltar también  
mi frío corazón  
en medio de esta atmósfera de gozo?  
¿Cómo no celebrar mis versos  
que al calor de estas piedras y vitrales,  
en otra ya lejana primavera,  
se fueron sazonando  
los trigos de mi infancia?

¡Que esparzan su alegría las campanas!  
¡Que dancen aleluyas las palomas!  
¡Que mil voces salmodien sinfonías  
para la exaltación de estas piedras  
en símbolo, en orgullo y en señal,  
en templo vivo!

## Sueño de Navidad

Yo sueño navidades hechas vida  
sin palabras de falsa voluntad.  
Añoro los deseos que desciendan  
como gotas de agua sobre el césped;  
navidades de abrazos que destruyan  
malquerencias; que brinden el amor  
en copas sin ponzoña.

Sueño risas sin bilis en garganta,  
muchos panes cubriendo los tejados  
y naciones sin límites de acero.

Navidad sin caballos ni jinetes  
sembrados en las ramas de los pinos:  
El de bolas de frío para niños,  
el de racimos de hambre para madres,  
el de estrellas de fuego para guerras,  
el de pica en guadaña para muertes.

Yo sueño azules cielos  
de limpias esperanzas  
y niños que revivan

en playas de olas tibias.

Navidades radiantes hechas vida

y en cada frente,

luz de buena estrella.





Mar  
que yace





Publicado por primera vez en 1964 por la colección de cuadernos de poesía TAGORO.

Nueva edición corregida.

*«El que nació para un agua divina  
para ese mar inmenso que yace sobre el polvo»...*

*Vicente Aleixandre*

*A modo de prólogo.*

## Mar adentro

Son las siete, clareando la mañana.  
El sol abre sus ojos soñolientos  
y, como un general, pasa revista  
cuando ya está crecida la ringlera  
que espera el autobús con impaciencia.

Un peón, un chiquillo, un empleado,  
una mujer, un joven, un anciano...  
y un cesto, una herramienta, un envoltorio,  
unas manos sobando nerviosismos.  
Cada uno, silencioso frente al grito  
del sol sobre los sueños desgarrados,  
irremediablemente, mar adentro.

Y remamos en olas de costumbre,  
y la frente gotea su condena,  
y la fatiga alienta humores sucios,  
y el ajetreo pincha las espaldas,  
y los pies, y las sienes, y la bilis.  
Y aguantamos el signo de los hombres

porque hemos de vivir siempre remando  
por ganar el siguiente bocadillo.

A la tarde, el regreso, como hormigas  
apretadas buscando su agujero,  
nublando el autobús con el cansancio  
que muerde con su eco: ¡mar adentro!  
Y uno se ahoga del peso de su deuda,  
y otro se hunde aplastado por la ola  
de las enfermedades, o la grieta  
de los vicios, o el lastre de sus hijos,  
o el fuego que no llega donde él quiere...

Todos remando mar adentro. Siempre.  
Porque el mar yace en nuestro polvo humano  
y el corazón navega en nuestra sangre.  
¡Tan cercano está el puerto y la esperanza!  
¡Tan íntimo el abismo y el naufragio!

*A mis padres esta sal irremediable.*

## Un pan y un pez

Señor, ¿por qué la mar vuelves estéril  
para unos y no hallamos un mal pez  
entre las turbias aguas de la vida?  
Algas, sólo, sin forma ni espinazo  
y piedras sin harina en las entrañas  
y lodo que ponzoña cualquier sueño...

¿Por qué brindas a otros la derecha  
y la abundancia preña su almadraba?  
Reparten sus migajas y se llenan  
de trigo sus graneros;  
rasguñan una rúbrica y engorda  
limpísimo dinero su cartera;  
miran sobre los hombros y sus cestas  
se repletan de amor.

Porque odio la miseria y la opulencia  
yo sólo quiero hallar en la otra orilla  
un pan y un pez asándose en las brasas.

## Matar a la muerte

Tenemos enlodados los zapatos  
y vestimos de *smoking* la mentira  
procurando pisar sobre bien seco.  
Quizás nos ufanamos con embustes  
y cantamos el mar pomposamente.  
Mas sólo hemos cruzado sobre el agua  
sin mojarnos de sal las zapatillas,  
gastando ocios en nuestros camarotes  
con oros, copas, humos y quimeras.

La auténtica belleza submarina  
hay que verla debajo de las olas  
con los ojos abiertos a las sales  
y los pies descalzos sobre el limo.  
Yo creo que no hay milagro más hermoso  
que un hombre que se rehace de su cieno;  
o las algas y conchas que reviven  
del lodo que se hundió en su propia sima.

Tal vez no saludamos a los muertos  
porque no comprobamos si están vivos,



o si el agua divina de sus fosos  
el milagro del cieno ha repetido.  
Quizás mataron ya su propia muerte.

## Sed

Del poniente  
todo el fuego  
venía hirviendo  
en aquel diminuto rizo de agua  
que subía  
como un suspiro  
a la playa.

La arena,  
ebria de pacer, lo  
esperó, lo  
deseó y,  
en arrobos de lujuria,  
fornicó  
hasta sorberlo.

Fue un segundo  
de deleite. Gastó  
todo el oro,  
toda el agua del sol...  
... ¡Y quedó  
más sedienta!

## Nuestras armas

Son los remos las alas del temor.  
Es la vela un escudo de batallas.  
Sólo puede dormir sobre la popa,  
o un perrillo sin alma para lucha,  
o un dios que habla y calla el elemento.  
Los marinos del mar y de la vida  
el temor masticamos,  
respiramos batallas.

Por eso nuestros brazos apuramos  
huyendo de un presagio de tormenta,  
o esquivamos el vórtice al ahorro,  
o el diente junto al hilo de los días.

Y cuando la borrasca nos sorprende,  
o cuando se ha incendiado el alma,  
el corazón se lanza a su milicia,  
a respirar su aire irremediable,  
su impulso que da vértigo a las venas.

Mientras arda con fuego nuestro barro,  
mientras rujan pasiones en los senos,  
tenemos que luchar,  
pues somos hombres.

## Remar toda la noche

Un marino en la cofa de su barco  
silbaba esta canción a sus complejos:  
¡Qué pesado es el remo sobre el agua  
la noche sin estrellas!  
¡Qué duro es el retorno entre las rocas  
cargando redes yermas!  
Cuando el bíceps no suda ni una escama,  
ni habrá pan en la mesa,  
ni un céntimo que ahogar dentro del vino  
en la sucia taberna,  
ni un mal pejín de amor para el cansancio  
con que engañar la pena.  
¡Sólo remar! ¡Remar toda la noche  
sobre las aguas negras!

No te embarques bogando inútilmente,  
marino de la tierra,  
si tu corazón no arde.  
Pues más duro  
que el remo en las tinieblas  
es el retorno amargo,  
si el sudor  
no es gota de una estrella.

## Una vez

Yo contemplé mi mar un día  
más noche que el negror de las tinieblas;  
pero sobre mis nubes se incendió  
de estrellas todo el cielo.

Yo escuché a la boca y las entrañas  
de las olas con rabia blasfemando  
borbotones de espumas. Sin embargo,  
mi nave cimentada parecía,  
como una fortaleza inamovible  
a todos los embates.

Yo sentí al huracán rasar  
la cubierta de proa a popa  
borrando con furor todo el velamen.  
Pero en la recta estela mi navío  
su ruta bien segura mantenía.

¡Poder del corazón, firme, en los brazos  
del fuerte timonel Inteligencia!  
Poder del corazón, aquella vez,  
cuando burló seguro, sin mojarse,  
las olas de la tierra.

## Dejarse llevar

El agua juguetona  
me venció con su tibio cosquileo.  
En lomo suave de gato  
me aupaba y me bajaba  
con mimo y zalamero.  
Y abandoné mis fuerzas.  
Y me dejé llevar.

Arriba el cielo limpio y caliente  
llenaba mis ojos de  
diminutas estrellas de sal.  
Detrás del arco iris que  
había en mis párpados  
estaba la ribera.  
Masajeando descanso a mis espaldas  
el placer del mar.  
Pero una repentina ola fría  
me sacó de mi encanto y me arrastró  
sobre el acantilado.  
Y, entre sus dientes negros,  
se rasgó mi piel.

Y escuché sollozando al corazón:  
«¡Parecía tan fácil y sencillo  
el dejarse llevar...!»



## La pesca del año

Tarde de buena pesca.  
Sobre el musgo sangrante  
de los guijarros  
bueyes del mar, descalzos,  
aran en el chinchorro.  
En la cárcel del aire  
se ahoga el pescado.

Todos mis huesos chillan  
de oír tanto grito de peces  
dentro de los canastos;  
como si ya olvidara  
lo tan estérilmente padecido  
durante todo el año.  
¡Qué nuevo me resulta que me llamen  
marino afortunado!

Yo limpié mis hedores a sardina  
con el hedor a vino malo.  
Y el tabernero grueso  
que, jubilosamente, me compró  
todo el pescado

escama ahora las mismas  
monedas y celebra:  
«¡Mi pesca del año!»

## El milagro de Jonás

¡Estarme por tres días escondido  
y morir en el vientre de un cetáceo  
que luego me vomite a una ribera,  
nuevo, con mi experiencia, sin su lastre!

Y empezar a vivir intensamente,  
a buscar la verdad con optimismo,  
a gozar en la paz sin los tropiezos,  
a beber todo el vino de la ciencia,  
a poetizar placeres en su copa...

Pero temo de nuevo equivocarme  
y andar rectificando rueda al rumbo;  
y escuchar al entrar mi barco en puerto:  
«¡Los náufragos serán mejor juzgados!»

Prefiero vivir ciego, tanteando,  
previniendo sorpresas del mañana,  
militando, añorando siempre el puerto...  
Que el juez también fue hombre y navegante.

## Primavera

Metió en sus ojos  
la mar,  
el vigía de  
la colina.  
Y en las azules charcas  
de su iris  
platearon mil espadas  
de peces.

Gritó como un creador.  
Y, al instante, florecieron  
la playa, la mar,  
el corazón:  
de esperanzas, de  
gaviotas, de  
barcas, de  
peces, de  
amor.

Y sobre los callaos  
hubo primavera.

## Respuesta a Giovanni Papini

Condenas el dinero. Tú le llamas  
estiércol corrompido del demonio.  
Pero si desentierras tus raíces  
verás que nuestras ramas reverdecen  
con este hediondo abono en el bolsillo.

Le maldices: invento peor del hombre,  
sobado con la grasa de mil manos,  
que ponzoña la tierra y nos ensucia...  
Yo bendigo el otoño de los frutos  
sobre el hambre de diez o doce niños.

Le apellidas: contagio de injusticias,  
historiada materia,  
amada más que el mismo amor, que todos  
desean, buscan, roban...  
Pero el tumor ya estaba en las entrañas  
de Caín, cuando el oro no existía.

Por eso en mi sudor yo hundo el anzuelo  
y saco al sol el triste pececillo  
que excomulgue limpísimas monedas  
ganadas con el cebo del trabajo.

Y, aunque tú lo condenes,  
en mis cestas las guardo sin alarmas  
y en mis ramas las doy como alimento.

## Cristales de sal y lodo

Los cristales de sal son engañosos  
debajo de las aguas. Y aún más  
si estuviesen de lodo sucios.  
A veces, nuestra mente dictamina  
las humanas virtudes de un sujeto  
y antes que se haga frase nuestra idea  
ya tiene que huir el dedo frente a un monstruo.

Si no somos expertos,  
por más que buceemos anhelantes,  
jamás distinguiremos  
qué pez es bueno o malo  
en el seno variable de una gota.  
En este mar de polvo y falsedades  
ni puedo asegurar que yo soy blanco,  
que soy negro tal vez, o que soy rojo.  
Por eso es tan difícil juzgar hombres.  
Tan sólo la balanza  
del tiempo y de la historia,  
en la playa soleada de la muerte  
pondrá el fiel sin cristales y sin lodos.  
Y la sal caerá de nuestros ojos  
para ver sin engaños

peces buenos en cestas de sorpresas  
y hediendo en los guijarros las escamas  
falsamente brillantes.



## Soneto final

Fue un romper el champán en mi costado,  
fue un botar a las aguas mi barquilla,  
sembrar contra los vientos mi semilla,  
idespertar a la vida condenado!

Cada día, en un mar ensangrentado  
navega el corazón –forma de quilla–  
añorando y temiendo la otra orilla  
remando su destino inexplorado.

No sólo canto al mar por ser isleño,  
porque fueron sus olas y rumores  
la nana y caracola de mis sueños,

sino porque estas ansias interiores  
yacen en un ignoto mar de ensueños,  
de naufragios, bonanzas, sinsabores.



# La piedra y el recuerdo





Publicado por primera vez en 1966 por la colección de cuadernos de poesía TAGORO.

Nueva edición corregida.

*A la ciudad de Arucas que puso en mis versos  
su primera flor a un poeta.*

## Reseña de la primera edición

He aquí un poeta que canta a su tierra. No es una tierra total, un país entero, ni siquiera una isla. Es un rincón, un campo, una comarca donde el trabajo es un dios y el arado un arma de guerra. Precisamente por eso resulta más conmovedora esta poesía de Fernando Ramírez, sin ornatos retóricos, y a la que basta la desnuda belleza de la naturaleza que vio nacer al poeta. El sentido de lo natal, la apacible serenidad de la cuna, la visión interior del lugar donde floreció la adolescencia, el paisaje, la casa, el hogar, las cosas sencillas y sin complicaciones, solamente con sencillez pueden expresarse y así penetrarán en el fondo de los corazones ajenos. Aquí hay un espíritu emocionado con el recuerdo, que lo sublima y lo convierte en delicado florecimiento.

Luis Benítez Inglott\*.

\* El autor de 'Poemas del mundo interior' perteneció al grupo poético integrado por Tomás Morales, Alonso Quesada y Saulo Torón. Gran conferenciante, colaborador de revistas literarias, traductor de Shakespeare y crítico literario, fue también mantenedor de los primeros Juegos Florales de Arucas donde Fernando Ramírez obtuvo la flor de oro.





# LA SUCESIÓN DE LA PIEDRA

*«Pero más fuerte es la luz, y allí la luz es  
corona y fundamento de la piedra».*

*Luis Cernuda*

## Amores

Arde siempre el amor y de su fuego  
surge la luz de nuevas vidas.  
Porque hubo amor se obró la sucesión  
de unas piedras sobre otras piedras  
y se alumbró la antigua «Arehuc».  
La sed de unos rebaños trashumantes  
forjó el rojo encendido de esta aurora,  
cuando aquellos pastores descubrieron  
de una fresca laguna el agasajo.

Porque hubo amor,  
pisadas de pastores engendraron  
firmeza de caminos nuevos.  
Porque hubo amor,  
también el monte abrió sus cuevas  
para abrigo y refugio generoso.  
Porque hubo amor  
continuado, el zoco de las cuevas  
engendró el primitivo caserío.

Porque hubo amor,  
la laguna enfermó de tanto dar  
envejeciendo en mera charca,

entre aguajes y juncos,  
donde sólo una alpizpa hacía temblar  
el ascua de su amor centelleante  
moviendo sin cesar su larga cola.  
Porque hubo amor,  
las aguas con el limo se mostraron  
dispuestos para el germen.  
Y el barro fecundado  
dio vida a los sencillos huertos  
que crecieron en fértil vega.

Así el amor rompió en frutos  
y la luz alumbró la sucesión  
de unas piedras sobre otras piedras.  
Porque hubo amor y siempre de su fuego  
surge la luz de nuevas vidas.

## Orgullo

Los hijos de esta tierra se distinguen por un orgullo innato que siempre han tenido de sus cosas. La raíz de este delirio de grandeza se fundamenta en la memoria de aquel caudillo que defendió nuestro surco un día y cuya muerte marcó el paso de la ciudad a la historia.

Su nombre, Doramas. Su voz quedó alzada en testamento sobre los lomos del antiguo caserío: «Solamente un magado contra una espada», dijo. «Para el vencedor el laurel de estas piedras». Aceptó el reto su enemigo, el capitán de los castellanos invasores, y se enfrentaron los dos líderes, evitando el ocaso de la sangre de sus guerreros. Los nativos admiraban a Doramas como a un dios y confiaban en su victoria, pareciéndoles inevitable el triunfo de la fuerza invencible del brazo de su caudillo. Pero la lanza traidora de un soldado adversario puso inesperado fin al desafío. Cayó el dios ante la mudez y el asombro de todos. Sólo se escuchó el susurro de sus palabras: «¡Quien me mata es el cobarde que me ha herido por la espalda!»

Su verbo quedó allí mismo escrito con sangre y alboreó la historia.

Las hachas de guijarro de los isleños se rompieron contra el suelo y hubo derrota y conquista.

El cariño de unas rudas piedras marcó el sepulcro de Doramas. Porque, aunque vencido, aquel dios heroico continuó siendo orgullo de los nativos.

Mas el paso de los años olvidó el mensaje de las piedras y hoy no sabemos con certeza en qué sitio exacto reposa aquel ídolo o se yerguen aquellas piedras.

## Piedra olvidada

Piedra olvidada, ¿dónde tu luz, dime,  
tu luz en desagravio al dios caído  
que grite su presencia a nuestro olvido?  
¿En dónde el fuego que el recuerdo anime?

Pecado contra orgullo este descuido.  
Tal vez tu savia a nuestra vega imprime  
fertilidad. Quizás tu roca sigue  
convertida en cimientto más hundido...

Floreced al fin, piedras de su muerte,  
valor, historia, amor en roca firme,  
para que seáis luz, recuerdo en suerte,

no más polvo de estantes y escondrijos.  
Reviva su odisea en piedra fuerte  
para orgullo y lección a nuestros hijos.

## Sobre estas aguas

Hay nombres de lugares, oscuros a la historia y a la interpretación. Denominaciones que, en realidad, no sabemos con certeza de dónde provienen ni qué significan. Este es el poema de un nombre ignoto: Arehucas. Tal vez, en este caso, la ignorancia radica en la desaparición drástica del idioma y de la raza aborigen. Aunque, dicen, cuando el tiempo oxidó las lanzas y las espadas, surgió una nueva casta del mestizaje de las dos razas. También aseguran que los extraños se hicieron barro de nuestro barro y sueño de nuestros sueños. No obstante, los indicios son que ocurrió al revés.

Lo cierto es que la nueva generación, tras la conquista, buscaba un lugar apto para instalarse y desarrollar su nueva vida. En los repartos de las tierras los nuevos habitantes llegados a este lugar proclamaron «sobre estas aguas!». Y los descendientes de la raza aborigen gritaron «¡Arehucas!».

Luego siguieron la ruta de las palomas en busca de la fuente virgen de donde procedía el manantial y denominaron el lugar «Las Madres del Agua». Y excavaron un



largo surco –la acequia– que garantizó el consumo y el riego del nuevo asentamiento. Sobre aquellas aguas, Arehucas, luego edificaron el poblado.

## La acequia

¡Cuántas veces, camino del molino,  
corrí junto a las aguas de tu lecho,  
prefiriendo tu muro más estrecho  
al ardor de las piedras del camino!

No sabía que tu cauce estaba hecho  
para fundamentar nuestro destino,  
acequia, corazón, latir divino  
cuatro siglos las aguas en tu trecho.

Tu murmullo de vida es más lejano  
que el mismo florecer de nuestras plazas.  
Porque aquellos primeros ciudadanos

apagaron la sed de las dos razas  
excavando tu lecho con sus manos  
antes de construir calles y plazas.

## Hechizo

También hubo otras aguas, la primitiva laguna, que se perdieron como si fuesen evaporadas a nubes de leyendas. Aguas que yacen hechizadas, ocultas en medio del verdor de la vega. Como única constancia de las mismas sólo han quedado otros tonos en la gama del verdor, el de las lentejuelas y el de los juncos, flotando en la tristeza de una charca.

## La charca

Los chicos apedrean inclementes  
a las ranas que cantan a la luna,  
haciéndolas callar, todas a una,  
para luego escucharlas nuevamente.

Esta charca será, sin duda alguna,  
recuerdo de otras aguas a la mente.  
Porque un día la tierra fatalmente  
se tragó para siempre una laguna,

Aquí, antaño abrevó nuestro ganado.  
Hoy los niños asustan a las ranas  
y me pregunto: ¿cuál será el pecado

que nos privó de aquellas aguas sanas  
y en sudor al labriego ha condenado  
para aplacar la sed de sus bananas?

*«Aquí la tierra no es la madre  
del hombre, sino su hija».*

*Dulce María Loynaz*

## Vega bastarda

¿Fue esta la comarca de las aguas  
abundantes, del clima predispuesto  
para el germen haciendo fértil madre  
a la extensa llanura de sus tierras?

Aquí el hombre creó sus convenientes  
cultivos y a la vega encarceló  
con rejas de ambiciones a nivel  
de una bastarda hija..

Primero la llanura acordonó  
con mil lanzas de dulces cañas.  
Pero ocurrió un nuevo amanecer  
de lejanos, idénticos cultivos,  
y ahíto, exterminó las cañas.

Sus hijos coronaron con dureza  
de espinos la testuz de la campiña.  
Se mostraron sedientos de la sangre

preciada, el carmín de cochinillas,  
plantando de nopales la llanura.  
Mas se ahogaron de tanto carmesí,  
y del desdén de nuevos colorantes.

Llegaron nuestros padres y escribieron  
sobre la vega surcos en renglones,  
el platanar en letra inglesa.

La tierra se cubrió de un largo manto  
que rodeó a la montaña y a las casas  
y se extendió llegando con codicia  
hasta la misma orilla de la playa.  
Nuevamente ocurrió que algunos pocos  
amasaron riquezas y plantaron  
pomposas araucarias como escudo  
de sus bastas mansiones.

Otros no consiguieron que su esfuerzo  
madurase su carga de racimos  
y el manto de verdor  
se llenó de agujeros andrajosos  
de abandono y sequía.

Tal vez en el futuro sea anunciada  
la llegada de nuevas primaveras  
y el hombre hará sangrar

de nuevo a su sufrida hija, la tierra,  
haciéndole parir a sus entrañas  
tan cansadas, utópicos tesoros.





# SEDIENTO PLATANAR

*«¿Hay quien la sed junto al mar resista?»*

*Miguel de Unamuno*

## El río que fecunda la vega

Preguntó al paisaje el forastero:  
«¿Dónde el río que riega este milagro?»

Sus ojos ondularon  
por la negra serpiente en carretera  
que era un río de fugas solamente.  
Parecían gusanos disecados  
los caminos que sólo  
son ríos de adoquines y recuerdos.  
Abrió el cañaveral para observar  
el surco pedregoso del barranco,  
mas comprobó que sólo se trataba  
de una mera añoranza de río, seco.

Sin embargo, el labriego le indicó  
el manantial secreto de su fuente  
oculta a las gaviotas robadoras  
de peces y sin cauce perceptible  
sobre la fronda:  
«Mi fecundo Guadiana, río escondido,  
cabe entre mis callosas manos»,  
y le mostró las gotas de sudor  
que manaban su frente.

## Pan de la esperanza

Hilando aguas miró las tornas  
y su frente tembló, allá abajo,  
sobre el cristal y lamas verdinegras  
de la ancha cantonera.

Con su hambre había comprado en la heredad  
una hora de agua a cambio  
de sus bananas hechas oro  
la cosecha pasada.

Su mujer y sus hijos, aquella noche  
cenarían el pan y las cebollas  
de la esperanza.

## La vara del acequero

Desde el dolor de aquella vara  
del acequero  
para siempre aprendió su precio  
cuando el agua se le hizo amarga.

Chapuceando mil líquidas estrellas,  
y esparciéndolas fuera de la acequia,  
refrescaba desnudo como un ángel  
los ardores del sol de aquel estío.  
Su alegría llenaba de zafiros  
brillantes el entorno y su risa  
cantaba en la distancia. Pero  
el rayo de una vara cimbreante  
fulminó para siempre su paraíso  
quedando su inocente espalda  
de por vida marcada en rojo.

Aprendiz de labriego él, ahora hombre,  
ciega con lamas posibles resquicios  
para que no se pierda el oro  
de una gota preciada.

Mientras sacia la sed de sus cultivos  
recuerda aquella vara de su infancia  
cuando el agua se le hizo amarga.

## No sólo platanares

A sus pies, desde el monte hasta la mar,  
otra verde marea de platanares.

La paz de unas casitas blancas  
sesteando bajo el sol del mediodía;  
más platanares.

Botones de cárdenas lentejuelas  
brillando en los estanques;  
de nuevo platanares.

Las mujeres lavando los racimos  
en los bancales, empaquetándolos  
para la recogida de la fruta;  
siempre los platanares...

Pero dijo el labriego: «Yo prefiero  
la abundancia de pocas aguas  
a pobreza de muchas tierras».  
¡No sólo platanares!

## Reino de un solo año

Es un inmenso harén, el platanar.  
Los velos de sus anchas hojas  
siempre bailan al son de las brisas  
una danza moruna lujuriosa.

Con mimo maternal  
cada planta protege de los soles  
y los vientos al único racimo  
que engorda y amamanta.  
No advierte que allí mismo va creciendo  
la nueva mata  
que le sustituirá mañana.  
Ignora que el verdor de su existencia  
tiene apenas un año de reinado.  
Cuando sea destetado y arrancado  
su racimo, también ella caerá  
bajo el filo del sacho.

Luego, sólo será muñón de tronco  
que se pudre en abono de otra planta;  
despreciado muñón en cuyo cuenco  
un chiquillo dejó su estiércol.



## Cruz de oxidado hierro

En la cripta secreta de la vega  
venera el platanar a sus mártires  
cuya sangre florece en surtidor  
para que el manantial sacie la sed  
y nutra de dulzor a los racimos.

Son mártires anónimos,  
sin lápidas ni nombres.  
Ignorados poceros de ojos limpios,  
de sudor limpio en polvo y en trabajo,  
rebajados a topos escondidos.  
Poceros que se hundieron  
socavando la roca y el lodo  
no en busca de metales ni diamantes  
sino rastreando suertes de aguas  
que calmen los ardores de la vega.

En el brocal, casi siempre,  
una cruz de oxidado hierro:  
Cruz de asfixiantes gases,  
cruz de unos hundimientos,  
de una detonación inesperada...

Cruz de una piedrecilla suelta,  
cruz de un balde en ascenso volcado...

En la cripta secreta de la vega  
venera el platanar a sus mártires  
cuya sangre florece en surtidores  
para que el manantial sacie la sed  
y nutra de dulzor a los racimos.

## El sol de cada día

¡Cansa tanta primavera!  
Duele que los labriegos  
quemem las mil estrellas  
de sus driles y aperos  
abandonando la vega.  
Duelen las nuevas quimeras  
que garantizan sustentos  
desde las playas sureñas,  
mientras baila el sol su fuego.

¡Cansa tanta primavera!  
Tanta gente que sestea  
las espigas de su cuerpo  
en la alquimia de la arena  
amasando sus ensueños  
con bronces y sangre nueva.

Mientras llora el sol su fuego,  
duele ver las matas secas,  
ver morir los tomateros  
o podrir las plataneras  
con sus racimos sedientos.

Sofoca como un infierno  
que el dueño de un haz de venas  
que esconden agua en el suelo  
trasnoche gastando estrellas  
y acueste el sol en su lecho.  
Duele ver morir la vega  
mientras ríe el sol su fuego.  
¡Cansa tanta primavera!

# LA PIEDRA Y EL RECUERDO

*Mis piedras cenizas, que pongo  
con orgullo sobre mi frente.*

# I

*El viajero volvió sobre sus pasos  
antiguos, sobre aquellas piedras  
lejanas de su infancia y encontró  
la cantera al recuerdo\*.*

*Es ahora solamente gigantesco  
mausoleo de roca enmudecida,  
con fríos de aguas y sombras  
y ojivas desgarradas.*

*¡Ya no canta la piedra al alma!  
Ya no suena incansable el tintineo,  
ritmo de luz y plata al corazón,  
que marcó sus primeros sueños.*

\* Con el paso de los años, ni siquiera queda ya «la cantera al recuerdo». Su foso ha sido rellenado para la construcción de una carretera de salida de la ciudad, después de atravesar un corto túnel.

## Mis padres

En la artesa que fue nuestro nidal  
–la galería roja y blanca aquella,  
de nuestra infancia–  
mis padres amasando fueron  
el pan de su ilusión:  
sus siete hijos.

¡Cuánto me honran mis padres!  
Un humilde artesano  
y una mujer sencilla de su casa.  
Hoy van quedando solas sus voces  
y su conversación se hilvana  
tranquila, quedamente,  
como bullen los guisos del caldero.

Comentan que sus hijos conformamos  
su corona de rosas, olvidando  
cicatrices de espinos de sus ramas.  
Para ellos, todos, hemos alcanzado  
los laureles de nuestras ilusiones,  
y dan por bien sufrido cenar  
alguna vez sin pan sobre la mesa  
por saciar nuestros sueños.



Jamás reprochan nuestros vuelos  
remontando distancias, olvidando  
los mimbres y las cañas que formaron  
el entrañable nido familiar.  
Con los brazos abiertos  
ellos bendicen nuestras travesías  
y expresan sus deseos para  
que jamás aparezca algún gusano  
que pretenda dañar nuestra manzana.  
¡Cuánto me honran mis padres,  
precisamente,  
por el buen pan logrado en sus hijos!  
Mis padres: un humilde artesano  
y una mujer sencilla de su casa.

## 2

*Allá abajo, en la hundida y desangrada  
cantera, sólo croan sapos, ahora,  
entre frías y negras aguas.  
Sólo aquel roncar áspero, profundo  
entre las piedras mudas de la fosa.  
¡Cuánto añoro escuchar el tintineo  
cantarín del cincel contra la piedra  
que en otras primaveras, ya lejanas,  
marcaron el compás de mi docencia!*

*Por eso se calló de su árbol  
el nido del colegio antiguo  
y los niños del nuevo día llevan  
sus libros a otro árbol-corazón  
de nuevas pedagogías.*

*¡Triste croar de los sapos  
junto al nido caído del antiguo  
colegio y la mudez de la cantera!  
Ya no es válido aquello que teníamos  
por bandera y divisa  
de «ila letra con piedra entra!»*

*A los Hnos. de La Salle.*

## Mis maestros

Las piedras sólo lucen sus azules  
y sus brillos auténticos de mica  
cuando son arrancadas de la madre  
del risco, la cantera;  
luego, los cabuqueros las transmiten  
a manos del labrante que les da  
la forma deseada.

Un día yo también fui piedra nueva,  
piedra ruda en las manos de labrantes,  
mis maestros, corvados con amor  
y vocación, tallando mis cristales,  
mi roca humana.

A veces fui moldeable y fácil risco;  
dura y arisca tosca, en ocasiones;  
o, inesperadamente, quebradiza  
veta que precisó ser restañada  
quemando con azufres  
arenas de la misma piedra.

Anónimos labrantes, mis maestros,  
que me esculpieron hombre a la imagen  
y semejanza humana.

### 3

*Desde que aprendí a andar  
peregriné por duras sendas  
de piedra acrisolada con soles.*

*Todos los caminos, aquellos días,  
solían estar sembrados  
de niños y de ancianos que portaban  
en sus hombros costales de maíz  
tostado, en la ruta del molino.  
(Los hombres y mujeres trabajaban  
de sol a sol, por sueldos de miseria).*

*Bajo el ardor de aquel duro sendero  
que llevaba al Cerrillo  
conocí el dolor áximo del pan.  
Cuando volví a los míos exclamé  
con inocencia triste:*

*«¡Hoy he visto surgir el gofio  
–nuestro pan– del amargo beso  
de dos enormes piedras!».*

*A Fernando Marrero.*

## El primer amigo

Una mosca libaba su quietud  
posada en la frescura de la sábana.  
Él alzaba su índice apenas  
y izas!, siempre al insecto capturaba  
con la punta del largo dedo.

Compartíamos el mismo nombre,  
los mismos juegos,  
y un día descubrimos  
la misma acera.  
Desde que dijo: «¿Quieres ser mi amigo?»  
nadie más existía en nuestro mundo,  
nuestra calle del pino.  
Los otros eran:  
la madre de Fernando,  
el padre de Fernando,  
el amigo o el maestro de Fernando...

Una tarde, en un hilo  
de risas se quebró su porcelana,  
flaqueándole sus piernas.

Y dejó de bajar hasta la calle,  
ni fue más al parque,  
ni fabuló más cuentos inventados  
porque se fatigaba su voz.  
Y yo iba a su casa y le llevaba  
la calle, el parque, el zoco de los cuentos...  
No podía bajar a recibirme  
pero yo le llamaba siempre  
desde la puerta al pie de la escalera.  
Se rizaban tan pocos años  
entre nuestros cabellos rubios  
que yo no comprendía las lágrimas  
ni el luto de su hermana  
cuando me susurró que no gritase:  
«¡Psss!, sube; Fernando se...»

Y la mosca paseaba sin estorbos  
sobre su largo y quieto dedo blanco.

## 4

*Largamente, en susurro, dialogaban  
la tierra y el labriego.*

*Decía el barro al hombre:*

*«Los hijos de tus hijos  
van creciendo más sabios,  
más fuertes que vosotros;  
y como águilas quieren volar alto,  
quieren conquistar nuevos horizontes».*

*Cada niño, a partir de entonces,  
nace en una canasta, a punto  
de deshacer amarras, de emprender  
nuevos rumbos muy lejos de la vega.  
Y, más tarde o temprano,  
deja sus riberas, sale en busca  
de nuevos trigos.*

## Una carta de Cuba

Junto a la mesa un viejo taburete  
vacío que chirría ausencias;  
los ojos de gaviota, en lontananza  
perdidos, de una madre anciana;  
y el escaso interés de unos nietos  
que oyen llover relatos  
de aventureros tíos ausentes,  
los llamados «indianos».

El mes o el año que llega el abrazo  
de apretados manchones  
de una carta de Cuba, es preciso  
descifrar con paciencia  
los ininteligibles signos  
que rotan de una a otra mano.

Quienes escriben, casi siempre,  
son los ricos en hijos, los abrumados  
por peso de trabajos,  
los horneados de tantos soles,  
los roídos por desgracias.  
Sin embargo, estos siguen sorbiendo  
la añoranza, pañuelo de su llanto,



arena de sus playas y raíces.  
Por eso son tachados como extraños  
en las tierras en donde se anidaron.

Los otros hijos, más afortunados,  
lucen ramas cubiertas de bonanzas,  
sus piedras son zafiros,  
sus terrones contienen oro  
y fuman ostentosos humos.  
Por eso han borrado los recuerdos,  
los tranquilos azules familiares  
de sus cielos en ruina.  
Sin embargo, tampoco pueden  
desprenderse los barro  
de las sendas, antaño transitadas,  
los lodos que trajeron  
fijos a sus sandalias.

Y, aunque las olas hayan diluido  
su estela y hasta sus cartas,  
de cuando en cuando añoran solitarios  
los ajos y cebollas de sus piedras.

## 5

*Enséñame a esculpir, labrante,  
torres de amor.*

*Enséñame.*

*No importa que en sus huecos  
arrullen paz de nidos*

*las palomas. Enséñame.*

*Enséñame.*

*Enséñame.*

*A Sofía de la Torre.*

## Una tarde de concierto

Tu voz sigue cantando las más dulces  
arias de ruseñor, en el recuerdo.  
Tus trinos se plasmaron, además,  
en arte de unos lienzos  
para sutil presencia.

«Torre en sabiduría»  
se traduce tu nombre con acierto.  
Tu bondad, tu sonrisa, tu pensar,  
la voz de tu saber, el gesto  
de tus pinceles:

¡Torre en sabiduría!

Fue tu vida fugaz, tan memorable,  
como una corta tarde de concierto.\*

\* La malograda soprano catalogó como «de sus preferencias» al salón de actos de la heredad de aguas de Arucas. Allí, sin saberlo, interpretó su último concierto.

Por eso tu recuerdo supervive.  
Porque celosamente ibas tejiendo  
amor-luz en tu rueca mágica  
hasta que, en el crepúsculo,  
se acabó tu velada.

## 6

*Escuchó el hombre la voz de la piedra:  
adoquines cantando calles,  
pilastras coronando plazas,  
zócalos para nidos en hogares  
de calor y amor,  
filigranas en torres y en ojivas  
de ojos a las alturas...*

*Pero no hay que olvidar quién le dio aliento,  
quién le insufló la vida, quién le dio  
voz a estas rocas.  
Porque jamás florece el risco  
si debajo, si encima,  
si en la paz de la piedra, no estuviesen  
las manos y el cincel de Pedro.*

*Pedro, el propio labrante que inclinado  
fue sublimando piedra a piedra.  
Pedro, los desprendidos ciudadanos  
abejas en colmena de sillares.  
Pedro sabio, poeta o gobernante,  
trabajando su panal.  
Pedro, la luz y voz*

*sobre las piedras. Pedro  
elevado en la piedra.  
Pedro, la angular roca alzada  
para ejemplo y recuerdo.*

*A Domingo Rivero.*

## Aún tañe la campana

Aunque en distinta cosecha,  
fue un mismo surco  
tu cuna y mi cuna  
cuando sembraron nuestras vidas sobre el barro.  
Por eso, al encontrarte en el camino  
he reconocido en tu voz  
laborar de pacientes labriegos,  
crudo olor a tierra bien regada,  
ritmo de sosegadas yuntas,  
hechos luz, sangre, acento, dolor  
en la palabra.

Junto al surco, tu ermita  
perdida, la triste sombra del campanario  
señalando el humilde sendero.  
Y me susurras quedamente tus versos  
al oído; me dices tu afán  
de ser trigo enterrado  
tu nombre y tu recuerdo.

Pero es justicia de la tierra  
que el grano que pudre en sus entrañas  
rompa en plena espiga.  
Por eso es mi gozo,  
por eso grito tu cosecha,  
grano fecundo de mi surco.

Aún tañe la campana aquella  
en donde el ideal, tu verso, vibra.

PIEDRA  
FUNDAMENTAL

Este poema no formó parte de la primera edición de 'La piedra y el recuerdo', sino que fue publicado más tarde, dentro de la misma colección TAGORO, en un número extraordinario titulado 'Homenaje a Domingo Rivero'. En el mismo, además de una antología de poemas del autor, se incluían un capítulo de Valbuena Prat, el dedicado a Rivero en su 'Historia de la poesía canaria'; un prólogo a la edición, de Lázaro Santana; una semblanza escrita por el periodista Jordé; y una serie de poemas sobre nuestro poeta con las firmas ▶





Retrato de Domingo Rivero, realizado por Antonio Padrón.

- ◀ de Manuel Padorno, Arturo Maccanti, Alfonso O'shanaham, Jorge Rodríguez Padrón, Lázaro Santana y quien esto escribe.

Domingo Rivero, como es de todos conocido, nació en Arucas en 1852 y falleció en Las Palmas de Gran Canaria en 1929. Al considerar por mi parte que constituye una de las piedras fundamentales en la historia literaria aruquense, creo que es este el lugar adecuado donde debo incluir este poema dedicado a su recuerdo.

7

*«Piedras en torres alzadas,  
arte de nuestros canteros,  
labor de sabias abejas,  
panal de exquisito celo,  
símbolo de nuestro orgullo;  
agujas que indican cielo»*

*Así canta la cigarra  
para oídos lisonjeros.  
Y así responde la hormiga  
cansada de su guineo:*

*«No sólo mires arriba  
agujas que indican cielo,  
observa también abajo  
porque aquí es, en el suelo,  
donde se afirman alturas;  
donde encontrará tu celo  
fiadores de salvación,  
torres con buen fundamento».*

*A don Pedro Marcelino Quintana.*

## Sembrador del bien

Sólo peregrinaba un mismo vuelo  
cuando se abrían los párpados rosados  
de la aurora. Sin prisas, en la hoguera  
del ocaso tornaba a su retiro,  
siempre sobre la misma senda.  
Con su vieja sotana, su bastón,  
su gorrillo con borla y su esclavina  
haciendo y deshaciendo un mismo vuelo  
entre el claustal retiro de su rama  
y el nido bullicioso del colegio.

Siempre estaba sembrando la semilla  
de un saludo amistoso, un buen consejo,  
la alegría de un chiste, o repartiendo  
disimuladamente la limosna  
que, antes, él mismo había mendigado.  
Las plantas y los libros  
eran sus dos amores añadidos:  
cacharros y macetas alegraban  
la estirada azotea del colegio

para ocio de escolares  
y enseñanzas de vida.

También en lo alto estaba su secreto  
santuario de saber, su biblioteca.  
Pero él abandonaba sus lecturas  
y sus rezos en cuanto era requerido  
haciendo confesionario  
vespertino de las tablas chirriantes  
de la vieja escalera  
junto a zaguán de entrada a su casa.

Sabiamente alejado  
de torres arrogantes, mansamente,  
prefirió el andar sobre adoquines  
volando desde un nido al otro nido,  
singular sembrador,  
cosechero del bien.



## Pregonando la soledad

*«Juanillo el podrido, brinquín,  
saltón, saltaba la rueda»...*

Cada mañana hacían falta  
los gritos y zancadas de Juanillo  
despertando el letargo de las horas,  
sacudiendo perezas en las plazas,  
alegrando el monótono existir  
del pueblo contra el sol.

*«Brinquín, saltón»...*

Voceaba sus periódicos  
alternando canciones chillonas  
y andares alocados.  
Y, al sonar en la torre cada hora,  
numeraba campana por campana  
palmoteando su pie contra la acera.

*«Saltaba la rueda»...*

Juanillo, el recadero original  
que gritaba el secreto del mandado,







# EPÍLOGO



## Mis piedras ceniza

Las piedras al recuerdo son  
como este atardecer en la montaña.  
Alrededor de ti, todo es  
un ocre e irreal  
clisé de creación:  
iesplendor de la piedra!  
Celajes encendidos en tu frente,  
la mar oscureciendo sus púrpuras,  
mantel tornasolado el platanar.

Piedras al desencanto son la noche,  
después que el Teide haya comulgado  
al sol. Se torna negro el cielo,  
ronca y fría la sombra de las aguas,  
bullicioso aquelarre el platanar.

Mis piedras verdaderas son  
las que lucen al sol del mediodía,  
junto a las que florecen  
mis jardines pasados,  
mis flores añoradas de la infancia.  
Las piedras que amo son estas:  
ni roca azul, ni canto negro,

sino piedras color ceniza  
que pongo con orgullo  
sobre mi frente.



Juegos Florales de Arucas en 1962.

- \* Este poema, con el que concluimos nuestro libro 'La piedra y el recuerdo', comprendía otro más extenso, titulado 'Salmódia de la piedra' que, en 1962, mereció la flor de oro de los primeros Juegos Florales, celebrados en la ciudad de Arucas.





# Índice





Pág. 11	Prólogo
Pág. 25	Justificación del autor

## En busca de mi barco

	PRIMERA PARTE
Pág. 37	En busca de mi barco
Pág. 41	Vigía de banderas
Pág. 43	Marinos japoneses
Pág. 45	Caín y Abel
Pág. 47	El capitán de la nave
Pág. 49	El milagro de Barnard
Pág. 51	San Borondón
Pág. 56	Quemar las naves

SEGUNDA PARTE

Pág. 61	Del ocre al azul
Pág. 64	Rojo
Pág. 65	Negro
Pág. 67	Verde

## Mujer sentada

Pág. 75	El misterio de Antonio
Pág. 77	Mujer sentada
Pág. 79	Sus pinceles de palma
Pág. 80	El último lienzo
Pág. 82	Jareas
Pág. 84	Aquel nido de juncos

Pág. 86 | El poema de los hijos

## Sueltos

Pág. 93 | No tienen hambre

Pág. 95 | Poética

Pág. 97 | Garajonay -Romance de la niebla-

Pág. 100 | Torres centenarias

Pág. 102 | Sueño de Navidad

## Mar que yace

Pág. 109 | Mar adentro

Pág. 111 | Un pan y un pez

Pág. 112	Matar a la muerte
Pág. 114	Sed
Pág. 115	Nuestras armas
Pág. 117	Remar toda la noche
Pág. 118	Una vez
Pág. 119	Dejarse llevar
Pág. 121	La pesca del año
Pág. 123	El milagro de Jonás
Pág. 124	Primavera
Pág. 125	Respuesta a G. Papini
Pág. 127	Cristales de sal y lodo
Pág. 129	Soneto final

## La piedra y el recuerdo

Pág. 135	Reseña de la primera edición
	LA SUCESIÓN DE LA PIEDRA
Pág. 139	Amores
Pág. 141	Orgullo
Pág. 143	Piedra olvidada
Pág. 144	Sobre estas aguas
Pág. 146	La acequia
Pág. 147	Hechizo
Pág. 148	La charca
Pág. 149	Vega bastarda
	SEDIENTO PLATANAR
Pág. 155	El río que fecunda la vega

Pág. 156	Pan de la esperanza
Pág. 157	La vara del acequero
Pág. 159	No sólo platanares
Pág. 160	Reino de un solo año
Pág. 161	Cruz de oxidado hierro
Pág. 163	El sol de cada día
	LA PIEDRA Y EL RECUERDO
Pág. 167	1. <i>El viajero volvió sobre sus pasos</i>
Pág. 168	Mis padres
Pág. 170	2. <i>Allá abajo en la cantera</i>
Pág. 171	Mis maestros
Pág. 172	3. <i>Desde que aprendí a andar</i>
Pág. 173	El primer amigo

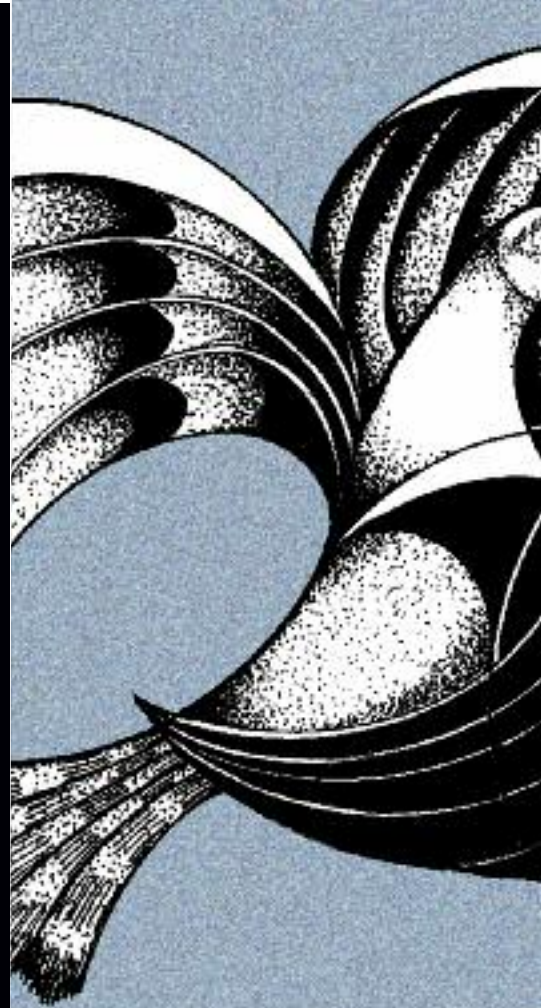
Pág. 175	4. <i>Largamente dialogaron</i>
Pág. 176	Una carta de Cuba
Pág. 178	5. <i>Enséñame a esculpir</i>
Pág. 179	Una tarde de concierto
Pág. 181	6. <i>Escuchó el hombre la voz de las piedras</i>
Pág. 183	Aún tañe la campana
Pág. 186	7. <i>Piedras en torres alzadas</i>
Pág. 187	Sembrador del bien
Pág. 189	8. <i>También los adoquines se gastan</i>
Pág. 190	Pregonando la soledad
	EPÍLOGO
Pág. 195	Mis piedras ceniza











MARCELINO QUINTAN  
Tertulia



**Fernando Ramírez** hace poesía de la reconciliación:

“ Poesía esencialmente positiva, cargada positivamente. Pero la suya, que es tangencialmente coral como la de algunos otros, es también vital, y en su caso de una vitalidad cotidiana y llena de compasiones diversas.

Poesía del amar y del volver a amar y del seguir amando hasta que el amar se convierte en sobrenaturalidad del amor. ”

**Juan Jiménez**



TEPEMARQUIA EDICIONES